

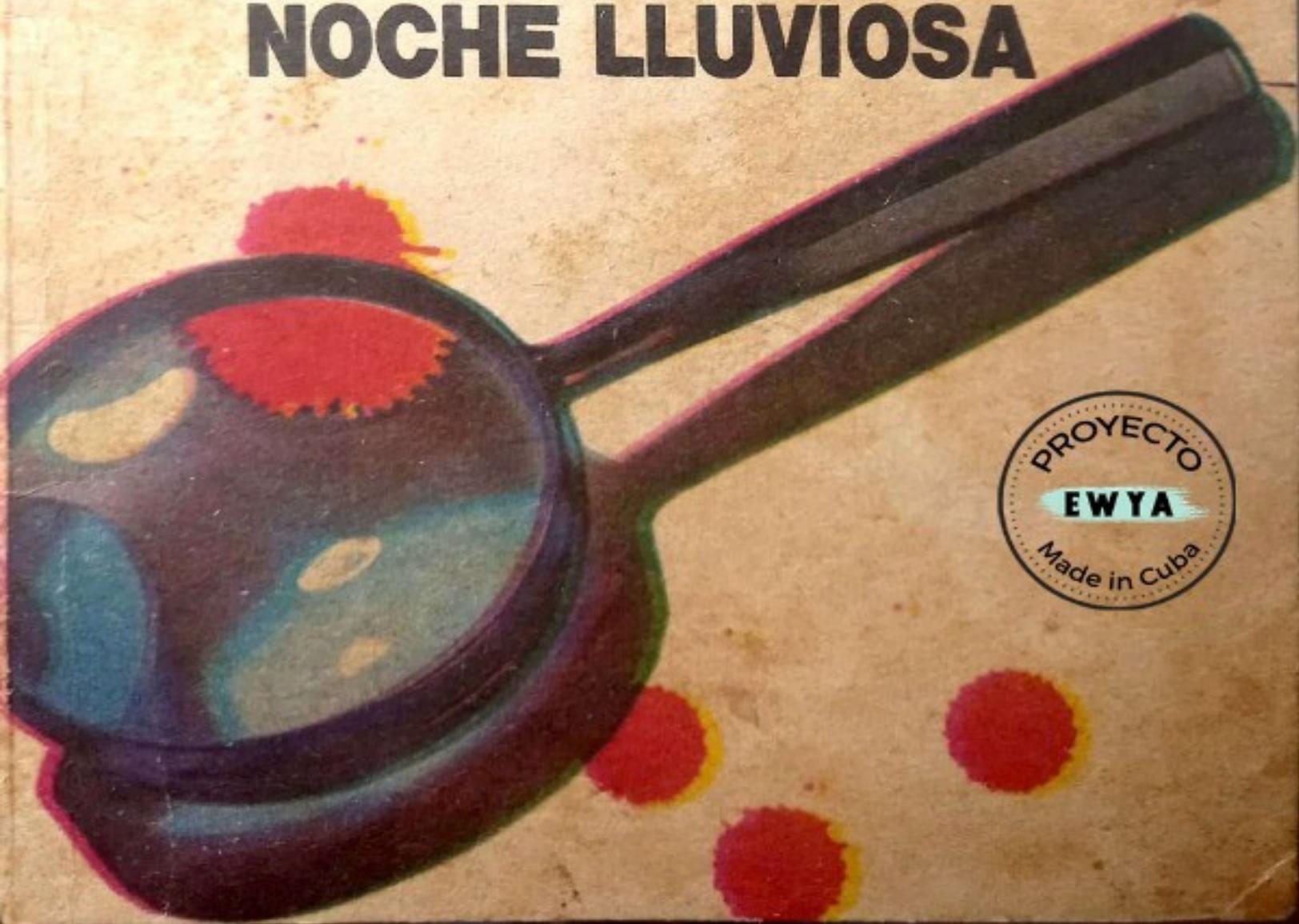
POLICIACA



79

Bertha Recio Tenorio

# CUENTOS PARA UNA NOCHE LLUVIOSA



**Bertha Recio Tenorio**

**CUENTOS PARA UNA  
NOCHE LLUVIOSA**



FUNDACION  
DE LA IMPRENTA  
NACIONAL DE CUBA  
ANIVERSARIO 30



**EDITORIAL LETRAS CUBANAS**  
**CIUDAD DE LA HABANA, CUBA, 1989**

**Cuentos para una noche lluviosa** obtuvo premio en el Concurso Aniversario de la Revolución, 1986, del MININT. Los cinco relatos policíacos que conforman este volumen, enfrentan al lector a hechos y situaciones que en más de una ocasión lo harán reflexionar. La autora, mediante el empleo de un lenguaje fluido, nos muestra con acierto, individuos que asumen actitudes constitutivas de delitos motivados, fundamentalmente, por trastornos síquicos transitorios que no los eximen de responsabilidades jurídicas.

---

COLECCIÓN: RADAR 79



---

Bertha Recio Tenorio

# CUENTOS PARA UNA NOCHE LLUVIOSA

---



ePub r1.0  
ePub2.0

Premio Cuento del Concurso Aniversario de la Revolución 1986, del MININT

JURADO

Eduardo López Morales  
Emilio Comas Paret  
Juan Carlos Fernández Soto

Redacción / Maritza González  
Cubierta / Miriam González  
Corrección / Alicia Díaz

© Bertha Recio, 1989  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 1989

Este libro ha sido procesado en el combinado poligráfico «Alfredo López», e impreso en el mes de mayo de 1989. «Año 31 de la Revolución». 08-07

EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ  
ePub base r2.1





—ewya\_#031(16)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ<sup>®</sup>  
©RíverDry 28.02.2022

**A los que ya no están**

## Aquella mañana gris

Aquel trabajo no era malo. Cuando Gilberto me habló por primera vez sobre él, evaluamos los pro y los contra que tenía. Y al fin lo aceptamos, aunque muchos de nuestros conocidos pensaban que habíamos hecho una mala elección. Claro, para mí no fue fácil acostumbrarme a vivir en un pueblo, muy alejado de todo lo que resulta atractivo para la mayoría de la gente. De todos modos, la pasábamos bien. Vivíamos para nosotros mismos, contentos con la tranquilidad reinante que nos permitía consolidar nuestro matrimonio. Me gustaba ocuparme del jardín y él se entretenía invariablemente con su cría de periquitos.

Aunque todos los días parecían iguales, no nos quejábamos de monotonía, porque siempre encontrábamos algo nuevo que decirnos. Y los fines de semana nos reuníamos en casa de algún amigo o íbamos a nadar al río cercano a una zona poco frecuentada. Así transcurría nuestra vida desde hacía cinco meses. Tal vez un poco plana, pero agradable.

Eso pensaba, incluso aquella mañana que amaneció gris, con el cielo cubierto por espesas y oscuras nubes. Mi esposo dormía y yo me levanté a cerrar las ventanas por donde entraba un molesto aire. Miré hacia la calle, por la que cruzaban presurosos algunos empleados del Hogar de Ancianos. Iban inclinados debido a la fuerza del viento. De pronto, comenzó a lloviznar y me apresuré a arreglarme y preparar el desayuno.

Por fin salí y miré el reloj: las ocho y veinte. En las horas siguientes apenas tuve un minuto de reposo. Teníamos mil y una tareas por realizar para proteger a los ancianos del ciclón que se avecinaba. Todos íbamos de un lugar a otro, tomando medidas, preparándonos para cualquier contingencia y tratando, al mismo tiempo, de tranquilizar a los allí recluidos. Pensaba a ratos en Gilberto, quien se había quedado acostado debido a los malestares

producidos desde el día anterior por la úlcera. En un momento como aquel hacían falta todos, sobre todo los enfermeros, y él lo era.

Después de almuerzo pude liberarme de mis obligaciones como responsable de la alimentación. Soy técnica en dietética y para mí era de inapreciable valor el poder asumir tal responsabilidad cuando apenas hacía un año de mi graduación.

Antes de dirigirme a casa, hice un recorrido por cada uno de los pabellones, verificando si en todos se encontraban situados los alimentos previstos para casos de emergencia, pues era de presumir que el paso del huracán impediría cocinar.

Cuando me marchaba, vi a varios ancianos y empleados provistos de capas y paraguas camino de la huerta, suministradora de las frutas y vegetales que se consumían en el hogar. Otros habían ido hacia los gallineros, para asegurarlos lo más posible antes de que se desencadenara la tormenta.

A las dos y media llegué a casa, situada a la izquierda del edificio principal y justo al borde de la carretera. Era una más entre las veinte destinadas a los trabajadores.

Gilberto no estaba. Inquieta recordé lo mal que se sentía. Tenía mucho por hacer y me olvidé un poco de él, pensando que quizás estaría en la vivienda de algún vecino. En un momento dado, entreabrí con mucho cuidado una de las ventanas y vi cómo los árboles mecían espasmódicamente sus copas y la lluvia arreciaba cada vez más. Había llegado el ciclón, y no sabía dónde estaba mi esposo.

Me estremecí de miedo al verlo ante mí: con el pelo en desorden, el rostro húmedo y la capa chorreando. Apenas entendí la explicación que me dio. Su gesto de dolor contuvo mi impulso inicial de abrazarlo. «La úlcera», le entendí apenas. Después me acosté junto a él; escuché las ramas del almendro chocar violentamente contra las ventanas de nuestra habitación. Busqué refugio en el calor que emanaba de su cuerpo.

Llegó el amanecer y me levanté. Miré hacia el lecho y le vi las manos y la cara cubiertas de arañazos. Abrí las persianas. Un paisaje desolador había sustituido la imagen cotidiana de los jardines cuidados, de los árboles podados, de las blancas glorietas cubiertas de enredaderas. Todo estaba destrozado y sentí tristeza.

Unos toques insistentes en la puerta me hicieron reaccionar. Era un vecino quien traía la noticia: «Desapareció Benigno. Vamos a salir a buscarlo.»

Volví a mi cuarto. Benigno había sido uno de los hombres más ricos en muchos kilómetros a la redonda. Al regreso del entierro de su esposa, se presentó en el Hogar y pidió que lo admitieran. De eso hacía varios años ya.

En ese momento lo recordaba con simpatía por sus inagotables anécdotas y el halo misterioso que lo rodeaba, al especular todos sobre el lugar donde guardaba su dinero, porque nunca se había decidido a ponerlo en un banco.

Desperté a Gilberto y le conté lo sucedido. Lo vi partir y unirse al grupo que recorrió la zona. Al fin lo hallaron, hinchado, irreconocible, enredado en las plantas acuáticas, más allá del recodo del río, después del puente grande.

En la memoria una imagen se interpone a otra. Unas pasan fugaces y otras se quedan más tiempo en la mente. La policía, los rostros angustiados, la terraza de uno de los pabellones destrozada por completo, el velorio, algunos árboles arrancados de cuajo y con sus raíces al aire, la investigación; pero sobre todo la pregunta repetida por los que vivimos aquella tragedia: «¿A quién le dio a guardar el dinero?, porque en su habitación no está.»

Y la sorpresa ante el planteamiento de Gilberto: «Nos vamos de aquí.» Nada me había hecho sospechar que no se sintiera bien. Lo creí tan feliz como yo, y así de pronto, no entendí su actitud de dar un giro a nuestras vidas como sucedió meses atrás, cuando de un día para otro habló del excelente sitio encontrado en el cual podíamos trabajar: el Hogar de Ancianos.

Mientras meditaba, comprendí que en realidad no habíamos discutido la proposición tanto como creía. Me dejé convencer enseguida y aparentemente la determinación la tomé yo. Así dejamos el Hospital Provincial para irnos al remoto y apartado lugar.

Nunca pensé en la razón que lo motivó a dejar lo seguro para lanzarse a una aventura incierta —ahora lo comprendía—. No lo analicé porque me ilusioné con las vacaciones que tendríamos antes de partir. Fueron días maravillosos en aquella playa del sur, sin preocupaciones económicas. Era espléndido y lo demostró una vez más durante el mes pasado en el pequeño hotel de la costa.

Cuando reconstruía el pasado recordé de nuestra precipitada renuncia anterior, precedida por el fallecimiento repentino de Ignacio Torres, uno de los pacientes crónicos, que al igual que Benigno, era muy amigo de Gilberto.

Al surgir la sospecha, luché contra ella. Quería, debía impedir que tomara cuerpo, que se apoderara por completo de mí; pero invariablemente asociaba las dos muertes. No sé cuándo comencé a alejarme de él, de modo inconsciente. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que recordaba una y otra vez las mismas escenas vividas y les daba una nueva interpretación.

Nítidamente me parecía volver a escuchar frases, respuestas, argumentos, aceptados en el pasado. El tono en que fueron expresados cobró así una importancia extraordinaria. Su conducta tuvo un nuevo significado. Por primera vez me di cuenta de que en realidad no conocía al hombre con el cual compartía mi vida.

Pasamos, casi sin transición, del conocimiento al noviazgo y a la boda. Él tenía prisa, porque había aceptado una plaza en un hospital de provincia y no quería irse solo. Estaba deslumbrada y no lo pensé mucho. Lo acompañé y acepté sus rarezas, incluso la de no dejarme ver nunca lo que guardaba en una caja metálica, cuya llave siempre llevaba consigo.

Los días se fueron convirtiendo en un infierno. Me reprochaba por ingenua, por haberle creído todo lo dicho. No conocía a su familia; nunca habíamos tenido tiempo para visitarla, ni tampoco fuimos al velorio del tío, que lo quería tanto que le dejó varios miles de pesos de herencia. Aquello sucedió cuando...

Sí, fue en los días de la muerte del anciano ingresado en el hospital, Ignacio Torres, de quien se decía era rico y no tenía familiares. Fue un sábado por la noche. Había carnaval y él estaba de guardia. Me contó después que durante un recorrido entró en la habitación donde se encontraba su amigo. Se quejaba de dolor en el pecho y falta de aire y corrió en busca del médico. En el pasillo pidió a una empleada que acudiera junto al enfermo. No dio tiempo a salvarlo.

Después, pareció muy abatido; tanto, que sentí pena y accedí a irnos cuanto antes. Ahora todo aquello me parecía distinto, porque lo veía desde otro ángulo. Había perdido la paz totalmente y llegué a pensar que mi esposo tuvo la oportunidad de provocarle a Ignacio la muerte sin levantar sospechas.

Por eso, en los días siguientes a la muerte de Benigno, comencé a hacer preguntas indirectas; sacar a relucir el tema del ciclón delante de todos. Buscaba el momento oportuno para mencionar a Gilberto. Necesitaba saber con quién había estado, quién lo había visto, adonde fue mientras el huracán destrozaba todo lo que encontraba a su paso.

Reconstruí los hechos: sobre la una de la tarde salió de nuestra casa rumbo a la cercana escuela para ayudar a asegurar las ventanas y puertas y poner a buen recaudo el material didáctico; después preparó faroles previendo la falta de fluido eléctrico y, finalmente, se le vio abandonar la huerta y encaminarse hacia la caseta de la bomba de regadío en compañía de Benigno...

Cuando me enteré, sentí miedo. Apenas pude disimularlo. Traté de fingir indiferencia cada vez que sorprendía su mirada recelosa. Sobre todo el día que creyéndose solo buscaba algo en la misteriosa caja. Al darse cuenta de mi presencia, la cerró de golpe.

Tenía que saber qué guardaba en ella y no sabía cómo. Pensé y valoré varias formas, pero no se me ocurría el modo eficaz de hacerme de la llave sin que lo notara. Por momentos mi actitud me parecía horrenda, reprochable. Lo vigilaba constantemente. Y por fin me decidí. Contra su voluntad fuimos con un grupo de amigos a ver una competencia deportiva en el stadium. Hice todo lo posible por obligarlo a buscar varias veces en sus bolsillos: para invitarme a tomar helado, para prestarme su pañuelo, para guardarme unas postales, con el fin de que encontrara después una razón «lógica» a la «pérdida» de su llavero, «caído» en un descuido en medio de la multitud. Ese era mi plan. Y tuve éxito. Logré sacarle las llaves cuando abandonamos el lugar aprovechando la aglomeración producida en la puerta de salida al terminar la competencia. Varios nos empujaron y le saqué limpiamente el llavero.

Cuando llegamos a casa, mi esposo pareció perplejo al no encontrarlas. Hice un comentario tonto, sin mirarlo siquiera, y abrí. Fui hacia el baño y lo escondí en una caja de talco, pues él nunca la usaba. Salí más tranquila. De todos modos pasé la noche en vela, ansiando la llegada de la mañana para quedarme sola alegando sentirme mal.

Todo ocurrió como tenía previsto. Al alejarse de nuestra vivienda busqué su caja metálica en todos los lugares posibles. Inútilmente. Me desesperé. Gemí. Traté de controlarme y volví a revisarlo todo. Me dejé caer agotada en la cama. Cerré los ojos, tratando de no pensar. Intenté relajarme y no pude. Me levanté y fui hacia la cocina. Mientras tomaba una taza de café miré por la ventana abierta el cielo despejado, azul, muy azul... las plantas del patio, la tendedera, el cobertizo con las jaulas de pájaros...

«¡Allí!» Sí, allí podría haberla guardado. Recogí el llavero y atravesé veloz el patio. Rebusqué febrilmente entre las herramientas y los objetos de Gilberto. Y encontré lo que quería. Sentí como todo mi cuerpo se distendía. En aquel instante no pensé en que me podía sorprender. Yo tenía una idea fija y me dejé llevar por ella. Con movimientos precisos la abrí. Cuando iba a levantar la tapa, un pensamiento pasó fugaz por mi mente: «Estás violando su intimidad.» Pero no me detuve.

Fotos, de él y de gente que no conocía. Viejas cartas. Recibos, carnés. Un anillo de mujer. Una libreta de banco. La hojeé: 10, 10, 25, 10, 35, 10, y de pronto una anotación que me hizo respirar más aprisa: 3 400. La fecha del depósito era de dos semanas después del fallecimiento del tío... y de Ignacio Torres, cuyos ahorros no aparecieron en el cuarto del hospital. A continuación Gilberto había sacado 1 000, unos días antes de irnos de vacaciones. Después volvían los ingresos: 10, 15, 10, 45, 10. Seguí buscando. En el fondo, un paquete cuidadosamente envuelto y asegurado con cinta adhesiva transparente. Un nombre aparecía escrito sobre él: Benigno Tamayo. Mis dedos lo palparon. Billetes. Cerré la caja metálica. La coloqué en su sitio y corrí hacia la casa. Entré en el baño y comencé a llorar.

No sé cuánto tiempo pasé allí. Agotada, determiné que sólo podía hacer una cosa: confiarme a alguien. Y ese alguien era Elvira, la farmacéutica del Hogar de Ancianos, a quien me unía una estrecha amistad, a pesar de ser nuestros caracteres muy diferentes.

Me sentí un poco más aliviada después de tomar esa decisión; tanto, que me animé a ir a la cocina a comer algo. Al terminar, me dirigí al asilo, tratando de evitar encontrármelo.

Elvira estaba en el dispensario, preparando la distribución de medicamentos. Se sorprendió al verme, no porque fuera raro el que yo la

visitara allí, sino por la expresión de mi rostro, seguramente. Estábamos solas. Pero no sabía cómo comenzar el relato de mis penas. Mi amiga, comprensiva como siempre, me alentó a hablar. Pude al fin desahogarme, pero ella quedó pensativa, sin decirme de inmediato su opinión. Se inclinó hacia mí y su voz sonó queda, tranquilizadora. Mientras la escuchaba, alcé de repente los ojos, porque percibí la sombra de un hombre tras uno de los anaqueles. Lancé un grito ahogado y Elvira calló. Le señalé con un ademán y corrió a ver quién era, pero en ese momento escuchamos una puerta que se cerraba. Salió al pasillo... estaba desierto.

Mi corazón palpitaba de nuevo aceleradamente. ¿Habría sido Gilberto? El terror me sobrecogía. Ella esgrimía argumentos lógicos, tratando de convencerme de que los temores eran infundados. Me instaba a pensar con cordura, pero yo estaba descontrolada. No quería volver a casa. Me trajo una pastilla sedante y un rato después, dimos un paseo por la arboleda, planeando qué era lo mejor que podíamos hacer. Cerca de mi hogar nos despedimos. Ya me sentía mejor, porque tenía en quien confiar.

Cuando mi esposo llegó, yo estaba acostada y me hice la dormida. Por los sonidos, podía imaginar lo que hacía, cómo deambulaba por la casa. Eran pequeños ruidos cotidianos que se confundían en la semimodorra provocada por el medicamento. Perdí la conciencia hasta que un repentino presentimiento, un alerta, me hizo incorporar. Él no estaba a mi lado.

Oí claramente unos pasos que se deslizaban junto a la pared exterior del cuarto. De pronto, se volvieron precipitados, alguien corría. Escuché frases atropelladas, el cierre brusco de la portezuela de un auto. Salté de la cama y corrí hacia la ventana y los vi: varios hombres fuera del cobertizo. Las lanternas giraban su luz por todas partes. Alguien forcejeaba. La sangre golpeaba dolorosamente mis sienes. La angustia me sobrecogió, pero logré cubrirme con una bata y salir al patio.

El café estaba muy fuerte y un poco amargo, como a mí me gusta. El visitante también lo tomaba con expresión satisfecha. Observaba al militar aún sorprendida, porque no había sido fácil asimilar todo aquello en tan breve tiempo.

Sí, no fue fácil comprender la explicación dada por el teniente Dionisio Darias, quien además, me pidió disculpas por haberme «utilizado» en aquel caso, sin haber hablado conmigo previamente.

Así fue como yo serví para precipitar los acontecimientos, para que las autoridades pudieran detener a la persona que provocó la muerte de Benigno Tamayo. Al confesarle a Elvira mis temores y dudas, todo se desencadenó. Mi forma de ser, mi curiosidad, mi personalidad, jugó un papel muy importante, a tal punto, que se previó cómo reaccionaría e intentaría, incluso, hacerme de las llaves para abrir la misteriosa caja. Los «billetes» encontrados no eran más que papeles intrascendentes. El próximo paso fue igualmente calculado de antemano: iría en busca de la ayuda y el consejo de quien tras mi relato se dio cuenta de que no todo estaba perdido para ella, de que no había sido «inútil» su decisión de matar a Benigno, después de intentar obligarlo con desesperación a confesar dónde guardaba sus ahorros.

Acosó al pobre viejo cerca de las márgenes del río, se le impuso, y ante la negativa del anciano a hablar lo empujó, cayendo este en las turbulentas aguas. Lo dejó ahogarse. Después buscó en el cuarto de Benigno el posible escondite del dinero. Actuó impunemente, pues todos prestaban atención al violento ciclón que pasaba en esos momentos. Ella vio renacer sus esperanzas cuando yo le conté que el dinero se encontraba en la caja de mi esposo y vino a buscarlo esa noche.

Elvira no podía saber que Gilberto la había visto entrar en la habitación del anciano, pues precisamente en ese instante pasaba junto a la ventana. Observó sus raros movimientos y después, al saber lo ocurrido a Benigno, entró en sospechas y se puso en contacto con las autoridades. El teniente Darias esbozó un plan, cuando le explicó cuál era mi actitud hacia él; incluso le narró mis maniobras para obtener su llavero... La noche que la detuvieron, estaban alertas en posiciones estratégicas...

Tomé el último sorbo de café. Le sonreí agradecida al oficial, quien me aclaró la inocencia de Gilberto también en el caso del Hospital Provincial, ya que Ignacio Torres falleció de muerte natural. Miré a mi esposo. De lo más profundo me salió la frase:

—¿Me perdonas por haber sospechado de ti?

## La noche de Mora

Mora consideró siempre que había sido una suerte para él conocer a Gabriela dos años atrás, cuando ella pasaba con su familia una semana de vacaciones en la playa de Guanabo. La casa alquilada se encontraba junto a la perteneciente a su organismo y que estaba destinada al descanso de deportistas nacionales y extranjeros de alto rendimiento. En ella se alojaban después de haber participado en competencias internacionales de gran envergadura.

El trato con Gabriela y su ex aristocrática familia le permitió pulirse, refinar sus ademanes y adquirir la diplomacia necesaria para cumplir cabalmente su trabajo como funcionario de la Dirección de Relaciones Públicas del Instituto de Deportes.

Pronto descubrió que la casa de descanso de Guanabo podía reportarle beneficios, y por eso se brindó para convertirla en un centro de recreación modelo en su tipo. Le dedicó gran parte de su tiempo libre y logró mejorar las instalaciones, los jardines, las habitaciones y crear una atmósfera muy agradable, sencilla y con cierto toque de elegancia que encantaba a todos los que allí acudían. Los superiores lo felicitaron por ello, sobre todo, porque nadie verificó el monto de los gastos ni el origen de los múltiples accesorios y materiales de decoración.

Era sin duda eficaz, tanto, que incluso cuando no había ningún huésped, iba hasta el inmueble para «comprobar» si todo estaba en orden. Y a nadie le extrañaba que llevara a la novia y a la familia. Total, era por un par de días y apenas se alteraba el cuantioso presupuesto del organismo.

Estaba muy satisfecho y eso se reflejaba en su rostro atractivo, en su perenne buen humor, en el dinamismo, aparentemente inagotable, desplegado para resolver cualquier eventualidad.

Se desenvolvía muy bien en los hoteles de lujo de la capital. Organizaba conferencias de prensa, cocteles, almuerzos, cenas de despedida y disponía el envío de jarras de flores a las deportistas más destacadas del orbe, alojadas en ellos durante algún campeonato. ¡Y qué decir de sus facultades para confeccionar un programa colateral a los eventos competitivos! Conjugaba magistralmente los diferentes gustos, armonizando de tal modo los paseos, que todos quedaban satisfechos. Era insuperable para causar golpes de efecto en los visitantes. Por eso, no había nadie como él para preparar una cena alrededor de una piscina: se las arreciaba para situar estratégicamente mesas adornadas con verdaderas obras de arte a base de frutas, y colocaba vasijas con jazmines y marpacíficos y gajos de buganvilia, azucenas y adelfas, desdeñando las tradicionales rosas. El penetrante perfume de las flores se combinaba así con el aroma de las frutas, mientras las palmas y crotos brindaban un fondo tropical altamente apreciado, digamos por los europeos, quienes coronaban la noche caribeña con el ron cubano y la melodía de algún trío tradicional de guitarras y maracas...

Y como Mora tenía entre sus deberes la reservación de las habitaciones de los hoteles... siempre disponía de alguna para él. Era sencilla la forma empleada si el huésped se iba a las once de la noche, contaba con el cuarto hasta el día siguiente a las dos de la tarde, en que cerraba la cuenta. ¿Y lo consumido? Por supuesto, se incluía en el crédito asignado al invitado.

De ese modo su salario casi le sobraba. Y podía satisfacer los gustos caros de la morena Gabriela, que aunque no vivía en la época en que su familia disfrutaba de los privilegios emanados de sus propiedades, sí había asimilado el sistema de vida inculcado desde la infancia. Costaba dinero, pero podía hacerle frente.

Y por el momento no se preocupaba. Cuando tomaba algún aperitivo con ella (no podía prescindir de él para iniciar una cena) lo menos que imaginaba era que un día podría descubrirse su juego. Eso no sucedería, pensaba, mientras su jefe inmediato fuera Periles, siempre muy ocupado en otros asuntos que reclamaban su atención. Periles era audaz, incansable, pleno de iniciativas, capaz de generar docenas de variantes ante cualquier inconveniente. Y el escaso tiempo libre lo dedicaba a su ocupación favorita: buscar argumentos convincentes que justificaran sus innumerables viajes al

exterior. ¿Y cómo no autorizarlo si era el jefe de un departamento que jamás tenía trabajo pendiente, que era modelo de organización y efectividad? Además, sus subordinados eran ejemplares, él les exigía... y los estimulaba con regalos, buenos, buenísimos, exclusivos. Todo funcionaba tan perfecto bajo sus ordenas, que posiblemente permanecería muchos años en el cargo, el cual le permitía satisfacer su única debilidad: viajar gratis a cualquier parte y por el tiempo que fuera. Mora a veces le decía que tenía «más horas de vuelo que un piloto profesional». Periles le reía la gracia y lo dejaba hacer, sin meterse mucho en sus cosas.

Mora siempre había sido despierto, disfrutaba de un olfato extraordinario para comprender qué rumbo tomaría el viento en una determinada coyuntura. Se daba cuenta a tiempo cada vez que iban a cambiar un jefe, cuándo pedir un traslado, cuándo dar un curso de superación, cuándo ofrecerse como voluntario para una tarea silenciosamente desdeñada por los demás, cuándo debía comenzar a fomentar la amistad con alguien que preveía ascendería en un futuro no muy lejano...

Era un tipo, sin duda, popular. Si se le preguntara su opinión a los que le rodeaban, ninguno habría dicho nada negativo. Irradiaba simpatía, constantemente se encontraba envuelto en una atmósfera de alegría y bullicio. A los treinta y cuatro años tenía ya una fama bien cimentada y sólo le quedaba reafirmarla cada vez más mientras la vida le sonriera.

Una mañana Mora llegó a la oficina, con «ropa de batalla», así llamaba a sus desteñidos jeans, al usado pulóver de felpa y a sus zapatos de loneta. Era como una especie de uniforme para ocasiones especiales. Todos al verlo, comprendieron de inmediato que pasaría el día en un campamento de entrenamiento deportivo, acompañando a algún equipo extranjero de atletas o a periodistas.

Con paso decidido se acercó a la puerta de la oficina de su jefe, después de saludar afectuosamente a los demás compañeros, que aún no habían ocupado sus sitios de trabajo. No faltaba ninguno, por supuesto, y mucho antes de la hora oficial de iniciar sus labores. Así eran los empleados de Periles. De esa forma se aseguraban su apoyo ante cualquier eventualidad. Sí, porque él sabía defender a su gente, mientras no viera en peligro su «modus vivendi», de eso estaban seguros. El día que presintiera que la actuación de

uno de sus subordinados perjudicaría su puesto, sus viajes, cortaría por lo sano. Radicalmente.

Entró en la oficina de Periles, que siempre era el primero en llegar. Junto a la mesa vio a un desconocido. Era un joven muy alto y delgado, de rostro casi lampiño, de aire tímido. «¿Quién será?» Apenas se formuló la pregunta, pues escuchó la voz del jefe:

—Conózcanse. Santiago Castell, contador, primer expediente de su curso. Santiago, este es Emiliano Mora, uno de nuestros más valiosos funcionarios del departamento.

Ambos se estrecharon las manos y Mora trató de «catarlo» de una sola ojeada. «Este debe ser el primer centro de trabajo del muchachito, por lo tanto, no tendrá ninguna experiencia... habrá entonces que moldearlo, encaminarlo... yo me voy a ocupar de eso.» Y en voz alta:

—Chaguito, ¿me permites llamarte así? ¿Sí?... —sin esperar el consentimiento, continuó—: Hoy no puedo conversar contigo, pues debo irme de inmediato, pero te prometo que mañana te ayudo a familiarizarte con esto. Chao, Periles, voy a recoger a la gente en el hotel. Te veo mañana, Chaguito.

Y salió. Ignoraba que detrás de sí, dejaba a su destino.

Todas las oficinas se parecen. Sólo varían en el contenido de los miles de papeles que conforman y caracterizan un centro de trabajo. Las pequeñas historias humanas son las mismas en todas partes. Las temporales intrigas, las intrascendentes noticias que no rebasan la categoría de chismes, el esporádico disgusto entre empleados, la cíclica etapa de labor febril cuando se encomienda una tarea urgente, el ocasional romance entre dos que todo el mundo considera que «podían esperar por algo mejor»... El ritmo cotidiano está dado por las meriendas y el almuerzo, mientras que la capacidad de reacción de los reflejos se mide inconscientemente por la rapidez con que alguien se levanta para coger el teléfono que acaba de colgar otro. En ese micromundo comenzó a desenvolverse Santiago Castell.

El proceso de asimilación e integración al colectivo de Chaguito, como le decía Mora, fue lento al principio. Se mantuvo tímido, tanto, que frenaba a

los que se le acercaban. De todas formas cayó bien, y fue aceptado tácitamente. Dos meses después pareció que siempre había estado sentado junto al buró del contador principal. Había incluso quien decía que parecían padre e hijo; ambos eran callados y se pasaban las horas inclinados ante montones de recibos y libros mayores, y con similar parsimonia manipulaban la vital caja chica.

Santi, como le decían las muchachas solteras del departamento, fue objeto de un acoso disimulado o abierto durante las primeras semanas... hasta que se le notó cierta inclinación por Tanita, la encargada del archivo. Como buenas perdedoras, le dejaron el campo libre, aún cuando no se podía decir que se le vieran intenciones de «avanzar» por el momento. De todos modos era marcado su interés en sentarse junto a ella en el comedor.

Castell, como le decía la jefa de despacho del director, era un excelente oyente y eso gustó a todos. Con gran paciencia escuchaba los cuentos, críticas, opiniones y comentarios, y así, casi sin que se notara, se convirtió en una especie de confesor, al cual acudía todo el que deseara «descargar».

Mora se sentía un poco padrino, protector voluntario y «maestro» generoso de Chaguito, a quien introdujo poco a poco en el engrasado mecanismo del departamento. Fue más allá de lo que podría ser considerado su deber como compañero de más experiencia y permitió que lo acompañara a actividades totalmente nuevas para él.

Lo llevó a cenas de despedida, a recepciones, a paseos programados para los deportistas extranjeros y lo presentó a personas consideradas por él como «claves» para su futuro desarrollo personal, aunque reservó algunas facetas de su contenido de trabajo que prefería hacer solo, sin que nadie lo observara. Como por ejemplo, ir a esperar al aeropuerto a las delegaciones que regresaban. En la terminal aérea se desenvolvía como pez en el agua. Resolvía con rapidez todos los trámites y liberaba a los viajeros de la tediosa espera del equipaje. Se encargaba de todo y le quedaban agradecidos. Por eso no era raro que le preguntara al jefe del grupo si le habían sobrado divisas o moneda del país visitado, para ahorrarle tener que ir expresamente al despacho de economía a devolverlas. ¡Qué eficiente! A cambio, recibían un recibo previamente elaborado por él. A nadie se le ocurrió nunca verificar si depositaba el dinero donde correspondía. Así, de vez en cuando —para no

llamar la atención— iba incrementando el número de dólares que guardaba «para cualquier eventualidad».

Eran cerca de las cinco y media de la tarde cuando Mora se acercó a Castell y lo invitó a ir a la firma de un convenio. El joven se excusó, pues tenía una cita. Guardó rápidamente varios papeles en su portafolio y trató de hacerle comprender que de veras no podía acompañarlo, que no se lo tomara a mal.

Ya en la calle, Santiago tomó un taxi y poco después llegaba a casa de su tío, el teniente Dionisio Darías, quien lo esperaba. Ambos se sentaron en la pequeña terraza, mientras disfrutaban de una tacita de café recién colado. No podían demorarse mucho, pues la reunión con el coronel Miguel Lara estaba fijada para media hora más tarde.

Fue en el auto, donde intercambiaron impresiones de cómo debía el joven plantear sus inquietudes ante las autoridades.

—¿Trajiste todos los documentos? —le preguntó el militar, sin mirarlo, atento al tránsito intenso a aquella hora de la tarde.

—Sí, aquí tengo las copias que saqué. Sólo me faltó la del informe de la película filmada con los españoles. Lo dejé para última hora y cuando fui a sacarlo del archivo no lo encontré. Averigüé disimuladamente y me enteré que el file lo tenían en la Sección de Países Capitalistas, pues estaban chequeando el cumplimiento del plan del trimestre. Y no me pareció oportuno interesarme demasiado... ¿Hice bien?

—Sí, fue lo mejor. En definitiva, eso no altera para nada el asunto y de todas maneras se hará una minuciosa investigación. Si yo no hubiera estado de vacaciones, esto podríamos haberlo canalizado antes. Debiste haberme avisado y hubiera regresado a la capital.

—Tío, es que tampoco estaba muy seguro. De veras, no quería molestarte por gusto. Deseaba tener pruebas irrefutables de lo que había descubierto. Y ahora... aunque no lo creas, me siento un poco nervioso.

No le contestó, porque ya arribaban al parqueo del edificio, donde se encontraban las oficinas de la Policía Económica. El recién graduado venció rápidamente su inicial timidez alentado por la mirada solidaria de su tío y por la forma afectuosa con que fue recibido por el coronel Lara. Expuso el caso,

tratando de ser lo más breve posible; mostró pruebas sobre las irregularidades del centro donde trabajaba y respondió con voz segura a las preguntas formuladas. No vaciló en las respuestas, porque sabía cómo tenía que argumentar sus planteamientos sobre la malversación reiterada de Emiliano Mora.

Una hora y diez minutos después, al quedarse solo, el coronel apretó el intercomunicador. Tramitó una orden, y se abrió un nuevo expediente.

El bar tenía una temperatura muy agradable a aquella hora en que los primeros comensales empezaban a ocupar las mesas en el aledaño comedor. Mora veía a través de la puerta de cristales, cómo el maître los iba acomodando. El hombre, vestido impecablemente de negro, gesticulaba con sobriedad, como corresponde al principal empleado de un restaurante de lujo.

Apuró la bebida de la fina copa al ver llegar a su amigo Julito, que trabajaba en la administración del hotel Colonial.

—Hola, ¿qué vas a tomar? —preguntó en cuanto el recién llegado se sentó en la banqueta.

—Un añejo doble a la roca.

Hizo el pedido y se volvió hacia el otro, que guardaba en ese momento la fosforera, después de haber encendido un cigarro.

—Mora, te cité aquí lejos del hotel, porque, hoy al mediodía noté un ambiente raro allá. Me puse a averiguar discretamente para ver qué pasaba y supe, por una de las mecanógrafas, que estaban haciendo una auditoría, revisando las cuentas de tu organismo. Y me pareció que debía avisarte... por si acaso.

Aspiró con ansiedad dos bocanadas del cigarro. Meditó acerca de los hechos y sin pensarlo mucho más, sacó un billete y lo puso sobre el mostrador. Seguro de que su amigo comprendería, le dio una palmada en la ancha espalda y le murmuró un apresurado:

—Hasta luego, mi hermano. Gracias por todo —y abandonó el local.

Eran las siete y diez de la noche. Estuvo todo el día fuera de La Habana, en la escuela deportiva Esperanzas Olímpicas, acompañando a un grupo de

entrenadores y maestros de Educación Física procedentes de varios países caribeños. No había pasado por su oficina, ni había llamado siquiera.

En ese momento, al salir del bar, decidió telefonar desde la calle a Raquel, la secretaria de Periles. La joven, al reconocer su voz, le dijo que habían sucedido «cosas».

—¿Qué cosas? —preguntó algo alterado.

—El director mandó a buscar a Periles. No sé lo que hablarían, pero en cuanto regresó, venía muy agitado, me pidió que te localizara de inmediato. Yo lo intenté, pero el teléfono de la escuela estaba interrumpido. A eso de las cuatro pensé que ya estarías en tu casa, pero tampoco contestó nadie...

—¿Pero qué es lo que pasa?

—Te digo que no sé. Periles, antes de irse, me preguntó si ya te había dado el recado y al contestarle negativamente, dijo: «¡Busca al tipo ese por todas partes!»

«El tipo ese.» Periles lo había llamado «tipo». Sintió un vacío en el estómago. Quedó silencioso hasta que lo sacó de su abstracción la voz de Raquel.

—¡Mora! Oye...

—Raquel, no le digas a nadie que yo te llamé. Hasta luego.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo. Se sentía como si el cuerpo no le respondiera, como si el mundo circundante fuera algo difuso, casi inexistente, como si las fuerzas lo abandonaran poco a poco y apenas pudiera dar el próximo paso. Había perdido de pronto toda la energía y el optimismo característicos en él. Su mente estaba embotada y comprendía que era un inútil, incapaz de generar una idea salvadora.

No era la primera vez que se desplomaba. Era algo cíclico en él, aunque todos lo ignoraban. Luchaba consigo mismo para sobreponerse, para salir de la depresión que lo invadía en ocasiones sin causa aparente, pero ahora era distinto. Porque estaba perdido.

Eso lo comprendió al conversar con Julito, pero quiso todavía engañarse, creer que era una falsa alarma. Sólo cuando habló con la secretaria de su jefe se convenció definitivamente. Perdido. Y no podría contar con Periles. No, porque quería demasiado su cargo para arriesgarse a ayudarlo. Hasta lo había llamado «tipo». Debía resolver por sí mismo, pero, ¿qué hacer?

Como un autómata deambuló por las calles, sin apenas prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. Se recostó en la verja de un jardín y encendió un cigarro. Miró su reloj: las ocho y catorce de la noche. Reinició su camino. Al cruzar la calle vio un taxi, cuyos pasajeros bajaban en ese momento. Se acercó, le propuso al chofer una buena propina y este le indicó que montara. Deseaba llegar rápido a su casa, buscar refugio entre las paredes conocidas. No sabía todavía qué iba a hacer. Recostó la cabeza al respaldo del asiento trasero y cerró los ojos. Había sido descubierto. O por lo menos se sospechaba ya de él. No había otra explicación...

Poco después descendió ante la puerta principal del edificio donde vivía con su hermana y su cuñado. No estaban y se alegró. Así no le preguntarían por la causa de su pésimo estado de ánimo. Fue de una habitación a otra. Entró en la cocina y se sirvió una taza de café. Encendió un nuevo cigarro y se dejó caer en una silla del comedor.

Lo oprimía el silencio de la casa. Maquinalmente jugaba con las cenizas que iba dejando caer en el cenicero. Apagó el cigarro y se levantó. Cogió una botella de encima del aparador y se sirvió un trago. Lo tomó y volvió a llenar la copa. Fue a su cuarto, con paso lento. Decidió bañarse y dejó correr el agua fría por su cuerpo. Salió y aún sin ropas, tomó asiento en el borde de la cama. Abatido. De pronto, vio un papel dejado por su hermana sobre la mesita de noche: «Mili, te llamó un compañero llamado Acuña. Dijo que necesita hablar contigo antes de irse. Te dejé tu comida en el refrigerador. Rita.»

Sintió como un corrientazo y a partir de ese momento desplegó una velocidad contrastante con su anterior actitud. ¡Se le había ocurrido una idea! ¡Y no tenía tiempo que perder!

Eran las nueve y veintiséis. Se vistió y salió del apartamento. Ya en la calle, buscó ansioso con la mirada un taxi. Ninguno a la vista. Corrió hacia la parada, pues vio doblar en la esquina un ómnibus. Montó de un salto y contó los minutos que transcurrieron, demasiado aprisa quizás.

Se bajó a dos cuadras de su centro de trabajo. Apresuró el paso, pero al acercarse, moderó el ritmo. Entró en el edificio con aire de despreocupación. Sin prisa se dirigió a la mesa donde estaba sentado el miliciano de guardia: esa noche le tocaba a uno de los mensajeros. Lo saludó y le mostró su carnet. Hizo algunos comentarios jocosos y se encaminó hacia el elevador. Marcó el

dos y poco después abrió la puerta de su oficina. Encendió las luces. A aquella hora estaba desolado el local.

Mora se sentó ante su buró y comenzó a abrir las gavetas. Revisó los papeles, pero sin detenerse mucho en ellos. Leyó los recados dejados. Abrió la agenda de mesa y pasó la vista por las anotaciones de ese día:

08:00 Recoger a los entrenad, y maest. carib. en el hotel.

08:10 Salida con ellos para la esc. de dept.

08:45 Llegada a la esc. y reunión con la direc. Recorrido por las instal.

10:00 Merienda. Llamar a «Mundo joven» para determinar salida del period. y el fotog. que cubrirán en Ch. torneo de baloncesto.

10:20 Comienzo intercam. exper. en el salón actos.

11:30 Salida para Jamaica de Guzmán y Travieso. Jacinto los recogerá. Llamar antes para verificar si todo está en orden.

12:30 Almuerzo.

14:00 Segunda parte del intercm. de experi.

15:30 Participación en sesiones de entrenamiento.

16:30 Reunión final entre entren, y maestr. Merienda.

17:30 Salida para el hotel.

Consultó su reloj: las diez menos cinco. Con gestos ansiosos discó el número de teléfono de Jacinto. Debió esperar once timbrazos antes de que le contestaran.

—¿Eres tú, Jacinto?

—Oye, viejo, tú me presientes. Acabo de llegar en este momento. Cuando abrí la puerta, escuché el teléfono y te lo juro estaba seguro de que eras tú el que llamaba. ¿Qué pasa?

—¿Qué has hecho?

—He ido hoy tres veces al aeropuerto. No he parado un minuto. Me han mandado, además, a ir a todas partes. Y arriba de eso, casi no llego a tiempo para el vuelo de Jamaica. Había un tranque en Boyeros y eso fue el acabóse. Ese Guzmán es un manojito de nervios. Tal parece que nunca ha viajado. Me dio tremenda lata por el camino, agitándome, porque decía que se le iba el avión... Yo le dije que...

Mora le interrumpió y le preguntó con precipitación si iría a recoger a los dos que saldrían esa noche para Portugal a participar en el simposio.

—Bueno, la verdad, como estoy casi muerto de cansancio, le pedí a Chano que fuera él. Estoy hecho leña, Mora, de veras. Le di todos los documentos de los que se van. Él va a estar en su casa hasta las diez, por si hay algún imprevisto...

—Pues lo hay. Me localizaron urgentemente del organismo para decirme que en vez de salir Acuña y Reguera sus asientos los van a ocupar el asesor jurídico y el comisionado de balonmano, pues se ha presentado una situación muy compleja con el equipo juvenil que está compitiendo en las preeliminarias... y ya tú sabes cómo es eso... Acuña y Reguera se irán pasado mañana

—¿Avisaste a Inmigración?

—Ya todo está arreglado. Hasta mañana.

Colgó y volvió a discar otro número. Un solo timbrazo y escuchó la voz de Chano.

—Oye, es Mora. Voy de inmediato para tu casa a recoger los documentos de Acuña y Reguera, porque no se van hoy como estaba previsto.

—Entonces, ¿para qué vas a venir? Yo te llevo los papeles mañana a la oficina...

—No, porque yo voy a ir bien temprano a Inmigración a hacerles el cambio y arreglar lo de sus, pasajes.

—Hago lo que tú digas, pero de verdad, te podías ahorrar venir hasta casa...

Las diez y nueve minutos. Mora apagó la luz de la oficina y cerró la puerta con llave. Poco después se despedía del miliciano de guardia en la planta baja.

—¡Uno no gana para sustos, compadre! Se suspendió un viaje y ahora tengo que ir a avisar a la gente... a mí no me gusta dar ese tipo de noticias... Bueno, que tu relevo llegue temprano... Ah, dame la llave del carro amarillo para ir rápido... Déjame firmarte el libro de incidencias: como no tengo tiempo para escribir por qué me llevo el auto, hazlo tú.

Y salió presuroso por una puerta lateral hacia el garaje. En su mano apretaba las llaves del vehículo. Trece minutos después, tenía los pasaportes,

los pasajes y el sobre con el dinero asignado a los viajeros. Desde un teléfono público realizó otras dos llamadas: a Reguera y a Acuña. En segundos les explicó la «situación imprevista», les dio consuelo y les aseguró que saldrían a tiempo para el simposio. Quedaron tranquilos, tanto, que seguro no verificarían la suspensión del viaje.

Luego se sentó al volante. Respiró profundamente y se pasó los dedos por el cabello. Encendió un cigarro y lo fumó, tratando de calmar sus alterados nervios. Lo más difícil quedaba aún por hacer. Tiró la colilla por la ventanilla y arrancó. Iba rumbo al aeropuerto.

Acababan de llegar dos vuelos del exterior con una diferencia de pocos minutos cuando arribó a la terminal aérea. Había mucho movimiento de viajeros a la izquierda de la planta baja, donde recogía los equipajes un grupo procedente del interior del país. Mora deambuló unos minutos por distintas áreas y finalmente se dirigió a tráfico internacional.

Ante uno de los mostradores se agolpaban varios pasajeros, a quienes atendían dos empleados. Cuando lo vieron, le hicieron un gesto de saludo; esperó a que terminaran y entonces les habló:

—La gente va a acabar conmigo. Mira la hora que es y todavía, to-da-vía, no ha llegado Jacinto con los que se van en este vuelo... y yo aquí con los pasajes, sus documentos, y... esto es...

—¿Cuántos son? —le preguntó uno de los empleados de la agencia aérea.

—Dos... y ustedes están a punto de cerrar ya... —hizo un gesto de impaciencia y miró con aparente ansiedad hacia la puerta—. Y lo de menos es el problema de las maletas, ya que esas en última instancia podían ponérselas en la cabina, como caso especial, pero el resto del papeleo... no sé ni qué hacer.

Uno de los empleados meditó unos segundos. Miró la lista de pasajeros y vio que eran los únicos que faltaban. Pensó que no habría nada de incorrecto en ayudar a un compañero conocido por todos.

—Mira, si tú quieres podemos ir haciendo los trámites y así adelantamos. Sí, por cualquier causa, no llegaran, pues bueno, tú sabes lo que hay que hacer en estos casos. Dame los pasajes y los pasaportes.

Era lo que esperaba Mora. Con aparente serenidad le dio lo pedido. Suspiró aliviado cuando le entregaron nuevamente la documentación ya en regla.

—Gracias, viejo. Hoy por mí y mañana por ti. No te imaginas cómo te lo agradezco...

Se encaminó hacia la salida y miró en todas direcciones como si buscara con la vista a los rezagados. De pronto, se volvió y observó a los empleados de la línea aérea, que recogían sus papeles y abandonaban el mostrador. Aprovechó esa circunstancia para dirigirse rápidamente hacia la escalera que conducía al bar. Se acercó a la barra y pidió un ron doble. Con el vaso en la mano buscó un asiento libre y lo halló en una mesa donde estaban sentados dos extranjeros. Les pidió permiso y ocupó una butaca junto a ellos. Bebió un sorbo. Se sintió más relajado. Observó su reloj. Todavía faltaban cuarenta y cinco minutos para la salida del avión.

De uno de los bolsillos sacó una caja de cigarrillos. En ese instante escuchó una risa femenina y se quedó helado. ¡Había olvidado por completo a Gabriela! ¡Era increíble! Pero hasta ese momento estuvo tan ocupado ideando el modo de salvarse que no recordó a su novia durante todo el tiempo. ¿Qué diría Gabriela cuando supiera lo sucedido? Y lo peor no era ella, sino su «distinguida familia». ¡Cómo hablarían de él! Tomó una decisión. Dejó el vaso sobre la mesita e indicó a los dos hombres que volvía enseguida. Ambos hicieron un gesto de entendimiento.

Fue hacia los teléfonos ubicados en el pasillo y discó el número, ya inolvidable. Hablaron a lo largo de quince centavos: nueve minutos exactamente. Nada de lo dicho pudo hacerla sospechar su delicada situación.

Regresó a su asiento. Sintió una gran pesadez en su cuerpo. Le abandonaban otra vez las fuerzas y una especie de depresión lo dominaba, tanto, que miraba sin ver. No escuchaba las voces, ni el trepidar de los motores de un avión presto a salir. Con lentos movimientos apuró el resto del ron. Contempló el vaso como atontado.

De pronto, un estremecimiento lo recorrió al notar una repentina reacción en los que lo rodeaban. Se levantaron, cogieron sus equipajes de mano. Escuchó un murmullo excitado: acababan de anunciar la próxima salida del vuelo 954 con destino a Praga y escala en Lisboa y Frankfurt.

Se le aceleró la respiración y pasó los temblorosos dedos por la garganta. Bajó la mano maquinalmente y buscó en el bolsillo interior del saco. Palpó el sobre con los billetes. Abandonó el bar siguiendo a los demás. Bajó las escaleras y fue hacia su derecha.

El corazón comenzó a latirle desordenado mientras avanzaba rumbo a la puerta de salida. Catorce delante de él. Ya sólo diez... el matrimonio con los dos niños salió... Cinco... la mujer rubia no encontraba el pasaje... impaciencia contenida a duras penas por los que tiene por delante... Cuatro. Tres... dos... el que le precedía sólo demoró unos instantes. Sonrió ampliamente y saludó a los dos hombres que iban a verificar sus documentos.

—¿Qué tal? Hoy no vengo ni a recibir ni a despedir a nadie. ¡Hoy me toca a mí darme una vueltecita más allá del mar! —dijo con aparente desenfado.

Los dos intercambiaron con él varias frases y le desearon buen viaje. Una palmada en el hombro y Mora sintió todo el calor de la noche tropical.

El cielo estaba estrellado y se sentía casi feliz. Tanto que su paso se volvió elástico. Tuvo que dominarse para no salir corriendo. Respiraba rítmicamente, casi normal. La escalerilla. Esperó su turno. Sus manos comenzaron a sudar inesperadamente y volvió el rostro. En la terraza se agolpaba la masa informe de familiares y amigos que despedían a los suyos. Nadie le daría el último adiós. Entregó su pase a bordo e inició el ascenso. Un escalón. Otro. Levantó la vista. Ya casi estaba al alcance de la nave salvadora. Cuatro pasos más. Y otro.

—¡Detente, Mora! ¡Párate ahí mismo! ¡Estás detenido!

La orden de aquellos militares que sin él darse cuenta subían detrás, paralizó al resto de los viajeros. Se detuvo un instante. Sólo uno, antes de precipitarse hacia la puerta del avión. Allí, desde lo más profundo de su ser gritó:

—¡No me toquen! ¡Si se me acercan, vuelo el avión con esta granada! ¡Atrás o los vuelo a todos!

Pareció como si una imagen fílmica se hubiera detenido en medio de la pantalla. Ese fue el momento aprovechado por Mora para introducirse en la nave y parapetarse tras una de las pasajeras, a quien oprimió convulso contra sí. Sus sienes latían desordenadamente, la respiración era entrecortada. Poco

le importaba saber en ese momento cómo habían descubierto sus intenciones de abandonar el país de aquel modo. Si le hubieran dicho en aquel instante decisivo que había sido Jacinto el que entró en sospechas por su rara actitud de hacía apenas unas horas y dio la voz de alarma, no lo habría creído. ¿Jacinto? ¿Su amigo Jacinto? ¿El buena gente de Jacinto? Sí, él. Precisamente Jacinto, quien detectó de inmediato la mentira y alertó a las autoridades... por si acaso... Y lo dejaron actuar, vigilando todos sus movimientos. No se sabía si estaba armado y querían impedir pusiera en peligro la vida de los que lo rodeaban.

Se confió, se creyó fuerte y no sabía que sus minutos estaban contados. Mientras avanzaba por el pasillo de la nave rumbo a su parte posterior, sosteniendo aún a la mujer contra sí y flanqueado por los aterrorizados viajeros, no se dio cuenta de cómo un militar oculto tras la cortina que separaba la cabina de pasajeros del área del baño, salía tras él y lo inmovilizaba con un limpio golpe de kárate.

Soltó el cuerpo femenino y se desplomó. Su mano derecha, que todavía empuñaba la supuesta granada, se abrió: todos vieron entonces el abultado sobre de papel gris que contenía el dinero con el cual pensaba emprender una nueva vida en otro país, más allá del mar... esperanza de todos los que como él se creen más listos que los demás.

## Las tres variantes mortales

A las once y cuarto de la mañana varios niños jugaban cerca de la esquina. A pesar del frío se habían quitado los abrigos para tener más libertad de movimientos en su intento por reproducir una escena de *dong fu* vista el día anterior en una película transmitida por la televisión. Cerca de ellos se percibía parte del cuerpo de un hombre, casi oculto por el capó levantado de su auto, cuyo motor reparaba. A pocos metros de él, una mujer se acercaba a la verja de un jardín, cargando una jaba por la que sobresalía el verde apetitoso de las lechugas frescas. De las viviendas salían sonidos diversos: una melodía alterada por el sincopado golpetear de un martillo, una enérgica voz femenina y el repentino llanto de un niño; el vibrante claxon de un vehículo que cruzaba en ese momento por una calle transversal, el rítmico repiqueteo de una máquina de escribir...

Era simplemente lo cotidiano. Las acciones repetidas una y otra vez: coser, lavar el arroz, botar la basura, cerrar una puerta, reparar una persiana rota, leer el periódico, contestar el teléfono. Era la reiteración de los procesos incesantes apenas perceptibles: crecer, madurar, envejecer, morir...

Alguien había muerto detrás de una de aquellas fachadas y los vecinos aún no lo sabían. Era un hecho, un acontecimiento usual, inevitable. Mientras el cuerpo comenzaba a involucionar, la vida continuaba allá afuera, en la calle. Dentro, había un silencio total.

La habitación en que yacía era agradable, pintada de un suave tono verde. Era pequeña, pero parecía espaciosa al tener pocos muebles: una cama y una mesa redonda con dos butacas de mimbre. Un closet cubría casi toda una pared. No se veía ni un solo adorno. El único toque personal lo daba la compleja instalación de un equipo estereofónico, situado en un ángulo del cuarto, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas. Una de sus dos

puertas se encontraba abierta: era lo que conducía al rellano que enlazaba con la escalera del garaje de la vivienda.

La atmósfera era asfixiante, cargada de un intenso olor a gas, que nadie respiraba ya. Sólo dos horas después, cerca de la una y media de la tarde, llamó la atención. Precisamente en el momento en que Antonio Velázquez —director del combinado avícola ANTARES— buscaba a su chofer Baldomero Jiménez, quien nunca más lo conduciría a ninguna parte, porque yacía muerto en aquel cuarto que le destinara su jefe sobre el garaje de su casa particular.

Para Antonio Velázquez era una situación penosa y delicada por la posición que ocupaba. Por eso, al inicio trató de ocultar el lamentable hecho a la curiosidad pública. Pero fue poco menos que imposible y cuando llegó el primer carro de la policía, los vecinos se agrupaban en las cercanías de su casa.

Nunca se había visto en una situación semejante y por eso aún muchas horas después de marcharse los investigadores no había podido recuperar la calma.

La primera sorpresa desagradable del día fue el no encontrar a Baldomero en el aeropuerto. Era algo insólito, pues en los casi dos años que trabajaba con él, jamás había llegado tarde o incumplido una tarea encomendada.

Primero pensó que su ausencia en el parqueo del aeropuerto se debía a un simple y explicable retraso. Había acordado esperarlo allí a su regreso de la capital y sabía perfectamente a qué hora llegaría el vuelo. Lo esperó impaciente durante más de veinte minutos, deambulando de un lado para otro, sin dejar de mirar ansioso la avenida principal de la terminal aérea, por donde tendría que entrar necesariamente para recogerlo. «¿Qué podía haberle pasado a Baldomero?» Se preguntaba sin encontrar respuesta lógica, pues cada argumento ideado, engendraba nuevas interrogantes.

Por fin determinó tomar un taxi. Le parecía que los kilómetros y los minutos no pasaban mientras fijaba la mirada en todos los vehículos que transitaban por la carretera, esperando que uno de ellos fuera el suyo. Entonces, sólo tendría que hacerle alguna seña y escuchar, estaba seguro de eso, la razonable explicación por su tardanza.

Pero no sucedió así. Y al llegar a su hogar, aún antes de abrir la puerta principal, se volvió hacia el vecino que a pocos metros reparaba el motor de su auto. Le preguntó si había visto a su chofer.

—No, Antonio, estoy aquí desde las nueve y pico y no lo he visto. ¿Cómo sigue tu nieta?

—Ya está mejorcita. Mi mujer decidió quedarse unos días más en La Habana para ayudar a mi hija con la niña... ¿Dices que no ha salido?

Pero no esperó la reafirmación de la respuesta. Bordeó la entrada del garaje de su casa y subió por la escalera lateral. Ante sus inútiles llamados, volvió a bajar. Sólo para cerciorarse de si su carro estaba o no allí, abrió el garaje. En ese instante, tuvo que retroceder violentamente, pues el penetrante olor a gas carbónico le cortó la respiración de inmediato.

Su vecino había seguido con la mirada sus movimientos y ante su rara conducta, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a Antonio Velázquez, que ya con un pañuelo cubriéndole la nariz, observaba el pequeño recinto cubierto por una neblina blancuzca que salía del tubo de escape del vehículo. Sin intercambiar palabra los dos fijaron su atención en lo alto de la escalerita interior, que comunicaba con la habitación de Baldomero.

No podían esperar hasta que la atmósfera se hiciera respirable; pero la angustia, nacida de la sospecha, paralizaba en cierto modo su capacidad de actuar. De repente, sin pensarlo dos veces, subieron a saltos la escalera para enfrentarse ante el temido espectáculo: allí en su cama descansaba con expresión tranquila el hombre que pasó de la vida a la muerte sin notarlo.

En una hoja de papel tamaño legal, impresa por ambas caras, estaba extractado lo más significativo ocurrido en los treinta y seis años vividos por Baldomero Jiménez. Durante 13 149 días exactamente formó parta de la humanidad, aunque en realidad casi habría que descontar unos dos mil empleados —conscientemente— en descubrir el mundo circundante, en aprender a hablar, caminar, comer solo, abrocharse los zapatos, etapa que después olvidó casi en su totalidad.

Si se le hubiera preguntado, habría respondido que su primer recuerdo — ¿podríamos llamarle tal vez el inicio de lo que él consideraba su vida?— se

remontaba al instante en que su abuelo lo tenía sentado en sus piernas y le decía una y otra vez que se estuviera tranquilo, que el diente estaba casi desprendido ya, que se lo iba a empujar otro poquito, que ya vería qué lindo era, y que si se portaba bien, demostraría ser un hombrecito valiente...

¿Y lo había sido realmente, no sólo en aquel momento de la infancia, sino a lo largo de la sucesión de días y noches en los que su cuerpo se transformó, en que se desarrolló como ser pensante, con gustos, fobias, cualidades y defectos?

Para el investigador, a quien asignaron el caso, la respuesta a priori hubiera sido: no, si partiera del hecho de que Baldomero se había suicidado. Aunque claro, no podía formular todavía de modo oficial esa hipótesis.

Hasta esos momentos lo parecía. Porque al examinar las huellas digitales tomadas, se detectó que únicamente él había tocado en mucho tiempo los objetos hallados en su habitación. Eran muy frescas las encontradas en los pestillos manipulados al cerrar las ventanas, en las llaves del encendido del motor, en la puerta del carro, en el pasamanos de la escalera que iba del garaje hasta su cuarto...

El dibujo de las yemas de sus dedos también estaba en el botiquín del cuarto de baño y en un frasco cuyo rótulo decía Meprobamato.

Mientras esperaba el resultado de la autopsia, Darías trató de imaginar cómo había sido el día 13 149 de Baldomero Jiménez; mejor dicho, las últimas siete horas y media vividas. Y sobre todo, el minuto, el segundo específico, en que —tal vez— decidió que su única salida, la solución al problema que tenía, era huir por la puerta falsa hacia la nada infinita.

—Él era un hombre triste; no me acuerdo de haberlo visto haciendo chistes, ni riéndose a carcajadas. Comenzó a trabajar con nosotros hace cuatro años, por recomendación de un empleado del almacén. No tenía calificación, pero sí se daba maña para todo. Por eso era tan variada su experiencia laboral. Durante el mes de prueba se portó muy bien en el área de ceba, donde primero lo ubicamos... unos meses después aprendió a manejar y en cuanto hubo una plaza vacante de chofer, la solicitó y lo trasladamos para el departamento de Transportes —dijo Antonio Velázquez al investigador

durante la primera entrevista sostenida en su despacho. Aún se veía muy afectado por la sorpresiva muerte de Baldomero. Sin abandonar su tono apesadumbrado, prosiguió el relato—: Era listo, inteligente, serio. Pero yo creo que no se daba cuenta de sus aptitudes... Mire, manejaba tan bien al poco tiempo de aprender, que lo pasé a trabajar conmigo. Nos hicimos amigos, o mejor dicho, lo intenté, pues se mostraba un poco receloso. Le propuse liberarlo un poco de trabajo para que pudiera asistir a alguno de los cursos de superación organizados en la empresa, ya que era todavía joven y yo consideraba que podía aspirar a algo más en la vida. Pero me contestó siempre que no y que no. Y de ahí no había quién lo sacara. No sé, tal vez quedó más afectado por su divorcio de lo que él mismo admitía. Y eso le quitó posiblemente el gusto por la vida.

La breve pausa hecha por Velázquez, la utilizó Darías para preguntar la causa de la separación, si la sabía, y si había tenido otro compromiso amoroso.

—Como le decía, teniente, era muy reservado y no le gustaba contar sus cosas íntimas. Yo diría que a veces estaba muy deprimido. Se pasaba días y días casi sin hablar. Después que su mujer lo dejó, y él comenzó con nosotros, se comentó su aparente interés por una de las muchachas, Corita Falero, mi secretaria. —Velázquez encendió un cigarro y aspiró profundamente el humo antes de continuar. Su mirada vagó por el despacho sin detenerse en un punto fijo. Habló como para sí mismo—. Aquí como en todas partes, se comenta mucho, más de lo necesario. Cualquiera cosa da pie a versiones propias, a veces muy alejadas de la realidad... Corita... ella es muy decidida, sabe lo que quiere, tiene ambiciones y me cuesta trabajo pensar que intimara con Baldomero, que como ve, parece que no tuvo el coraje, la fuerza suficiente para enfrentarse a la vida...

El informe del médico forense fue incluido en el expediente en horas de la tarde. No había sido una sorpresa. Todo el organismo de Baldomero Jiménez presentaba los desbastadores efectos de la asimilación del monóxido de carbono, cuya acción venenosa le produjo la muerte. Por otra parte, entre los

restos de alimentos semidigeridos se encontraron indicios de un medicamento sedante, cuya composición permitió inferir que se trataba de meprobamato.

«¿Qué motivó al chofer ver el mundo circundante desde un prisma tan sombrío que le hiciera incapaz de valorar otra solución a sus problemas? Pero, ¿cuáles eran? ¿Por qué no confió en alguien?», se preguntó el investigador.

Hasta ese momento no había podido detectar ningún motivo de suficiente peso, como para justificar, en cierta medida, esa trágica decisión. Ni siquiera la larga conversación sostenida con Corita Falero arrojó luz sobre las interrogantes.

La joven, coincidiendo con su jefe, declaró cautelosa que Baldomero no era amigo de hacer confidencias. Solían conversar de tarde en tarde y hasta habían ido de paseo en alguna ocasión, pero él no comentó nunca cosas de importancia. «¿Penas? Bueno sí, daba esa impresión... pero no decía qué le pasaba.»

Interiormente estaba muy alterada. Esperaba la incluyeran en las pesquisas por la forma en que el chofer murió y porque todos conocían la existencia de cierta relación entre ellos. Claro, estaba segura de que ninguno sospechaba en realidad hasta qué punto. Siempre se cuidaron de los demás y dosificaron conscientemente el dejarse ver juntos. Ese juego les atrajo y lo disfrutaron.

Lo vio por primera vez un día que estaba de guardia. Llovía torrencialmente y él entró en el edificio principal para guarecerse. Conversaron mucho, lo cual era algo extraño, como supo después. Parecía pensar muy despacio y las palabras le salían con lentitud. Eso al principio la desesperó, pero después la divirtió. Con el decursar del tiempo ya ni siquiera lo notaba. Sencillamente se acostumbró.

Aquella joven trigüeña, no era bonita, pero llamaba la atención. Su torso era desproporcionadamente corto, mientras que las extremidades inferiores eran muy largas. Trataba de ocultar ese defecto usando modelos elegidos con mucho cuidado. Y sin duda alguna era atrayente por el refinamiento que emanaba de su persona. ¿Cómo habría lucido al lado de Baldomero, tan delgado, con el rostro ajado prematuramente, con su poca o ninguna preocupación en el vestir? ¿No era realmente extraño que entre ellos dos, que

eran tan disímiles, hubiera podido surgir un vínculo con visos de romance? Porque los contrastes no sólo eran físicos, sino también de carácter. ¿Cómo se compenetraron aquella muchacha decidida y el hombre que tuvo —al parecer— que tomarse unas pastillas sedantes antes de realizar el acto supremo de quitarse la vida? Esas eran las preguntas que se hacía el oficial, mientras esperaba entrevistarse con el mecánico que siempre había estado encargado del mantenimiento y reparación del auto del director del combinado avícola.

Evelio Pérez no se hizo esperar. Llegó frotándose las manos llenas de grasa con una estopa impregnada en gasolina. Darías se quedó a solas con él en el cubículo utilizado por el administrador. Y comenzó a interrogarlo. El hombre parecía meditar las respuestas, temeroso de decir algo indebido. Indeciso, no sabía qué contestar, intrigado por el hecho de que un simple suicidio motivara la intervención de las autoridades policíacas. ¿O es que habría algo más?

—Mire, Baldomero era un hombre un poco raro... además, tenía cierta dificultad para tratar con la gente. Venía aquí y se sentaba alejado de todos; se quedaba en un rincón y esperaba pacientemente a que yo terminara de arreglar el carro. Nunca me agitó ni se puso con boberías, como hacen otros. Él era un tipo tranquilo. No se metía en nada. En serio... Al principio de conocerlo, le pregunté por la casa, por su trabajo... como uno hace siempre, por hablar, pero a él no le gustaba «el palique». Me dio evasivas y no insistí más.

Los compañeros del mecánico pasaban con aparente indiferencia cerca del cristal de la pequeña oficina. Él les rehuyó la mirada y se volvió al oficial.

—En una ocasión Baldomero me dijo que nadie se interesaba por él ni por lo que pudiera pasarle... Ese día «estaba en el piso»... y yo traté de reanimarlo; hasta nos fuimos a dar unos tragos.

El teniente observó al hombre grueso, quien sin notarlo, había pasado una de sus manos por el rostro y dejado una mancha de grasa sobre parte de su cara pecosa. Ante la nueva pregunta formulada, percibió un repentino cambio de actitud. Evelio se dio cuenta de la importancia de la respuesta. Vaciló un instante antes de hablar.

—...mire, uno no debe hablar sin estar seguro... eso no me gusta... pero tampoco se debe callar si se tiene alguna sospecha... Hace tiempo un primo mío que trabajó en el combinado me contó sobre ciertos manejos y robos producidos allí; pero él no tenía pruebas. Baldomero a lo mejor estaba metido en eso... si mi primo estuviera aquí, se lo podría contar en detalle, pero él hace tiempo entró en la marina mercante y está de viaje.

Hay una fase en toda encuesta policial en que el investigador debe detenerse a reconsiderar si va por el camino adecuado, si su hipótesis inicial tiene bases sólidas, o si existen elementos susceptibles de influir de tal modo, que desvían la atención de lo fundamental.

Es precisamente en ese instante de meditación, de reconsideración, cuando se toman decisiones definitivas para impedir que el pensamiento lógico y analítico se pierda en un mar de hechos —explicables o no— que confundan y motiven que se llegue a conclusiones erróneas. A esa coyuntura se arriba sin excepción.

Darias no quería apresurarse. Hasta ese momento había solucionado los casos guiándose sobre todo por la intuición, aunque sin abandonar, claro está, las técnicas de investigación probadas a lo largo de los años. Se había ganado fama por su «olfato», por su capacidad para detectar sutilezas, por su conocimiento del ser humano. No por gusto fue el primer expediente de su curso. Y desde el primer momento presintió que el caso requería de un profundo trabajo. Por eso, aquella mañana sentado en su pequeña oficina mientras revisaba el expediente, se preguntó una y otra vez: «¿Robo? ¿Baldomero decidió suicidarse quizás por el temor al posible descubrimiento de sus actividades delictivas? ¿De cuánto habría podido apropiarse ilícitamente? ¿Era tanto como para determinar quitarse la vida antes de que se le confrontara con la justicia? ¿Es que este hombre, visiblemente frustrado, era un vulgar ladrón?»

El oficial cerró de golpe el file. En ese instante recordó un pensamiento leído mucho tiempo atrás: «Los detectives nunca creen nada, reúnen hechos y sacan conclusiones.»

Entonces, ¿qué pensar de la información recibida hacía apenas unas horas? El análisis realizado por uno de los especialistas indicaba que el carburador del auto estaba mal ajustado. No se pudieron detectar huellas, lo cual era muy curioso, pues si se había suicidado, lo más natural era que hubiera dejado marcas de sus dedos en el dispositivo regulador del funcionamiento de los gases del carro. ¿Quería decir eso que otra persona lo manipuló, intencionalmente?

La mañana era fría y el teniente Darías tenía dolor de cabeza por falta de descanso. Su pequeño Noel no los había dejado dormir durante toda la noche debido a la inflamación que tenía en un oído. Precisamente a la hora en que el oficial acostumbraba a levantarse, el niño conciliaba el sueño. El deber se impuso y marchó hacia la oficina. Allí leyó el informe dejado en su mesa. Era sobre la auditoría llevada a cabo en los libros de contabilidad del combinado avícola. Nada indicaba robo o malversación. No había ni una sola cifra dudosa.

Lo notable era lo que el experto incluyó en una nota, pues consideró necesario alertar a las autoridades. Explicaba que al revisar el registro de control de la producción del área de incubadoras, se evidenció un pequeño y continuo desbalance entre los huevos empollados y las aves nacidas. Era insignificante el por ciento y no hubiera llamado la atención si el economista no hubiera hecho comparaciones con tres años atrás, época en que sólo esporádicamente ocurrieron pérdidas debidas —casi sin excepción— a interrupciones en el fluido eléctrico; pero esta dificultad se eliminó al montarse una planta de emergencia.

Cerró el expediente. Apoyó la cabeza en sus manos entrelazadas y meditó durante largo rato. Varias ideas le dieron vueltas en la cabeza, pero las desechó de inmediato al darse cuenta de que no lo llevarían a ninguna parte. Decidió formular por escrito las variantes que se le ocurrían para tratar de analizarlas en concreto. Se disponía a plasmar la primera, cuando dejó el bolígrafo a un lado. No. Lo mejor era volver al combinado, averiguar un poco más... Baldomero debió tener cómplices... Olvidó el dolor de cabeza y con

rápidos movimientos ordenó la mesa, cerró la gaveta con llave y abandonó la oficina.

Cuando llegó al combinado avícola le pidió permiso al director para conocer las características del centro. Antonio Velázquez no ocultó su sorpresa, pues era lo que menos esperaba después de haber pasado tantos días de la muerte de Baldomero. En realidad, no pensaba volver a ver al investigador. Tras una levísima vacilación, mandó a buscar al Jefe de Producción y le encargó la tarea de mostrarle al teniente todas las áreas.

Pasaron por las largas hileras de jaulas donde había miles de aves en diversas fases de crecimiento. Era singular el sonido producido por incontables picos agarrando ávidos el alimento echado en los metálicos comederos...

Al salir, Darías vio a su derecha una pequeña edificación. Era el laboratorio. Allí los recibió una joven vestida con una bata blanca. Estaba sorprendida, aunque trató de ocultarlo, ya que no era usual que en sus dominios entrara gente extraña. Se sintió confusa, pues pensó que se trataba de una inspección fuera de programa. Su sorpresa llegó al máximo cuando le fue presentado el desconocido visitante.

—¿Cuál es la tarea específica de ustedes? —le preguntó, mientras recorría con la vista el immaculado recinto.

—Aquí... nos encargamos de mantener en perfecto estado las aves... detectamos epidemias, preparamos vacunas, controlamos la composición de los alimentos... Como usted puede ver, se analizan los... —se interrumpió al comprobar que el teniente observaba atento un gráfico colgado sobre una de las mesas.

—¿Y esto qué es?

—Esas son las estadísticas de la relación existente entre el peso de las aves y la fórmula alimenticia suministrada desde hace cuatro meses. Después las compararemos con otras del año pasado. Pero, como le decía, aquí se analizan los... —intentó continuar, evidentemente deseosa de explicar una de las labores de su departamento que consideraba más importante. Pero no pudo concluir al excusarse de pronto el jefe de producción, quien alegó que iba a dejarlos por unos momentos y que regresaría dentro de unos minutos.

Su coyuntural ausencia, fue aprovechada por el oficial para lanzar la primera pregunta.

—¿Anda todo bien en las naves? ¿Algo le ha llamado la atención, alguna irregularidad?

—No sé... cómo explicarle... he sospechado... en realidad no tengo pruebas... no sé si deba... —dijo indecisa—. Una de mis tareas consiste en controlar el sexado de las aves. Una vez clasificadas se les coloca un distintivo en una de las patas hasta que los pollitos son trasladados a las zonas que se les designe: de ceba, de reproducción, de... bueno, eso no importa ahora. Lo curioso es que en ocasiones, después de revisar el trabajo de las sexadoras, que se contabiliza para poder tener un índice comparativo entre las posturas empolladas y las aves nacidas vivas, cuando he ido a verificar la vacunación me he dado cuenta de que no coincide la cantidad de aves con el número de las sexadas. Es decir, vacunadas hay muchas más, cuando en todo caso, debía haber menos. Digamos, a causa de mortalidad en las primeras semanas de vida, y... lo más raro es que después, en el área de pre-embarque, vuelve a haber una diferencia, al «desaparecer» una cierta cantidad de animales...

El oficial la interrumpió con un gesto, pues se sintió un poco perdido entre tantos pollos que se esfumaban en el aire y después se materializaban nuevamente en una jaula, para volver a perderse, como por arte de magia... pero de la magia de manos muy reales que se los robaban. Por eso inquirió más detalles a la mujer que comprendió que para alguien ajeno al combinado era difícil entender de inmediato su mecanismo interno.

—Teniente, déjeme explicarle... cada jaula tiene en su parte externa una tarjeta donde se anota la cantidad de aves para saber la dosis de vacunas o alimentos que requieren. Esa cifra varía de una a otra, y sólo la conocemos los que trabajamos en el laboratorio y el jefe de almacén, pues únicamente a nosotros nos es necesario saber su número exacto, tanto para los medicamentos como para la distribución de la comida. A la administración sólo le interesa saber cuántos pollos nacieron y cuántos salen de aquí para comerciar. Si la diferencia es poca, no llama la atención, pues entra dentro de la «pérdida lógica». Y por lo general, no se verifica la relación entre pre-embarque y ceba... ni entre sexado y vacuna, ni entre...

La joven calló pues había notado que el investigador entendía lo que ella quería decir: que allí reinaba una deficiente contabilidad en cada una de las fases de la producción, provocada intencionalmente, para permitir se sustrajeran aves de cualquiera de las áreas sin que fuera notado. Darías dio las gracias a la responsable del laboratorio y se despidió. Ya bajaba las escaleras, cuando escuchó nuevamente la voz femenina:

—Si alguna vez vuelve, entonces le explicaré que aquí también se analizan los...

Pero no terminó la frase, porque ya él se encontraba demasiado lejos para oírla.

Eran poco más de las siete de la noche y el teniente no se decidía a abandonar su oficina. Tenía la cabeza de abundante cabello negro apoyada en la palma de sus manos. Los codos descansaban sobre su buró. Sus dedos surcaban lentamente una y otra vez por el pelo, mientras revisaba el informe entregado poco antes por uno de sus subordinados.

Este refería que al investigar sobre Baldomero en su anterior centro de trabajo se descubrió que allí se le había llamado la atención por su inestabilidad laboral, ya que cambiaba constantemente tanto de lugar como de ocupación y hasta de provincia. Esto hacía difícil seguir paso a paso su vida, aunque sí estaba claro que había sido sancionado en ocasiones por negligencia en el cumplimiento de las tareas asignadas, pues se dio el caso, en cuatro ocasiones, de que en los almacenes donde trabajaba se produjeran robos, facilitados por no haber observado él las normas de protección requeridas. Por falta de control, logró obtener traslado precisamente para instalaciones del mismo tipo, donde los hechos habían vuelto a repetirse.

Pero lo más sorprendente fue la noticia de que el chofer no estaba en realidad divorciado, si no que la separación de su esposa se debía a que ella estaba condenada a seis años de privación de libertad por malversación y venta ilícita de bonos de gasolina, sustraídos de la base de taxis donde trabajaba. Precisamente a raíz del juicio Baldomero se volvió más huraño, más introvertido. Sus antiguos compañeros recordaban que se quejaba a menudo de no poder dormir, de no tener apetito, a tal punto, de adelgazar

notablemente. Poco después, pidió el traslado y lo perdieron de vista, pues no volvió por su anterior centro de trabajo.

Dionisio Darías iba a cerrar el expediente, cuando se fijó de nuevo en el informe donde aparecía el nombre de la mujer de Baldomero: Nérida Larrea Dorrmand. «¿Dónde había visto esos apellidos?», se preguntó.

—Yo a ese hombre lo he visto en varias ocasiones, aunque no sé cómo se llama. Estoy seguro de que era él quien salía del apartamentico de Baldomero esa mañana —le dijo un muchacho vecino de Antonio Velázquez. El joven afirmó a continuación que el día en que apareció muerto el chofer del director del combinado avícola, vio bajar a un individuo la escalera aledaña al garaje de la vivienda, sobre las siete y media de la mañana. Según su descripción, el visitante era de mediana edad, trigueño, de fuerte constitución física.

El muchacho alegó, además, que se acababa de levantar y había ido hasta la ventana para cerrarla, porque por ella entraba una brisa desagradablemente fría. Miró distraído hacia la calle y entonces se percató de que alguien bajaba presuroso las escaleras laterales de la casa de enfrente y unos instantes después marchaba rápido por la acera desierta. En ese momento no le dio importancia al hecho, pero con posterioridad, al saber que Baldomero había sido hallado muerto en circunstancias sospechosas, decidió dirigirse a las autoridades para declarar.

—¿Lo habías visto en otras ocasiones? —le preguntó el teniente Darías, quien al recibir la llamada del inesperado testigo se encaminó directamente a su hogar para interrogarlo.

—...un día lo vi con él cuando se encontraba llenando el tanque de gasolina en su Servicentro... y otra vez se sentaron cerca de mí en una pizzería...

—¿Por qué te fijaste en ese individuo?

—Mire, yo creo que no hay nada especial en ese hombre. Tal vez me haya interesado por el hecho de que pareciera amigo de Baldomero, que era muy retraído. Mí habitación queda frente por frente a la suya y cuando él tenía abierta la ventana lo veía acostado, escuchando música... siempre solitario... Y bueno, que fuera amigo de ese hombre, me llamó la atención.

—¿Podrías identificarlo?

—Sí, estoy seguro. Estoy a su disposición para lo que necesite.

—Entonces, acompáñame. Te enseñaré algunas fotografías.

Los dos se encaminaron hacia el auto del oficial. Exactamente diecisiete minutos después se detenían ante el portón de hierro forjado del combinado avícola. Con paso elástico se aproximaron a la recepción. Allí, tras una llamada de la empleada, esperaron por el Jefe de Personal, quien no tardó en recibirlos. Tras una breve explicación se les vio ir por un amplio pasillo. Los tres desaparecieron detrás de la puerta de cristales al fondo del corredor.

Tenía una tablilla de madera apoyada al torso. Sobre ella, cogidas con una gran presilla de metal, descansaban varias hojas mecanografiadas. Se trataba de unas listas de productos inventariados que debía actualizar ese día. Iba de un anaquel a otro contando envases y piezas de todo tipo. De pronto, interrumpió su labor al escuchar por el aparato de audio su nombre: «Compañero Nicolás Larrea, preséntese en la dirección. Repito, compañero Nicolás Larrea...»

El hombre hizo un gesto de disgusto. Aquella llamada lo atrasaría y él no tenía el menor deseo de quedarse luego del horario establecido.

Fue hasta el buró y dejó allí la tablilla. Se asomó por la puerta entrejunta y vio que todavía llovía. Regresó a su mesa junto a la cual colgaba de un clavo una capa de agua. Se la puso de prisa y salió del almacén rumbo al edificio principal, situado a unos doscientos metros. Maldijo internamente la idea que le dio de ponerse sus zapatos más nuevos y no tener en cuenta que habían anunciado mal tiempo.

Entró por un costado y tomó por el pasillo a su derecha. Se detuvo ante la primera puerta y tocó. La abrió Martica, la mecanógrafa, quien le hizo un gesto, indicándole que lo esperaban en el despacho. Nicolás se alisó el cabello con los dedos y ya iba a entrar, cuando notó su capa chorreante. Se la quitó y la colocó en una silla. Un instante después, penetró en el recinto. Velázquez no estaba. Quienes lo esperaban eran dos hombres vestidos con uniforme verde olivo...

Darias estaba contento. Su corazonada se había confirmado. Cuando el vecino del director del combinado le señaló la foto, sintió una gran satisfacción, porque aquello significaba la simplificación de la investigación. Se felicitó internamente de haber decidido de inmediato buscar al misterioso visitante entre los empleados del combinado. Por eso, cuando el joven después de ver incontables expedientes facilitados por el jefe de personal, reconoció en Nicolás Larrea al «amigo» del chofer, suspiró aliviado. El empleado del almacén, el mismo que recomendara a Baldomero para trabajar allí, debía aclarar qué fue a hacer a aquella hora de la mañana a la vivienda de los altos del garaje. El oficial también valoró que en vez de entrar, podría haber salido. Y eso quería decir, que tal vez fuera el último en verlo con vida.

Y lo interrogó allí mismo en la oficina del director, que se la cedió transitoriamente.

Las respuestas no lo convencieron y determinó conducirlo hasta la jefatura. El empleado juraba y perjuraba que «no había visto a Baldomero esa mañana». Decía haber ido a su casa, porque quería que lo llevara a buscar unos mosaicos antes de ir a recoger a su jefe al aeropuerto. Declaró haber tocado muchas veces y que al fin se marchó porque no le abrieron la puerta.

El detenido pareció seguro. Al menos hasta el momento en que el teniente le preguntó intencionalmente:

—¿Cómo sabía usted que su «cuñado» iría a una hora determinada al aeropuerto?

El hombre miró atónito al oficial y balbuceó una respuesta ininteligible. A partir de ese instante fue incoherente, contradictorio. Se notó la improvisación en lo que decía, presionado por las rápidas y reiteradas preguntas de los investigadores. Sus gestos denotaron nerviosismo y sus ojos tenían una expresión huidiza. Intentó oponerse a acompañarlos a la jefatura, alegando no tener nada que ver con la muerte de Baldomero, pero la mano firme del combatiente que acompañaba al oficial le oprimió el brazo y lo sometió. Los tres abandonaron el despacho.

Fumaba ansioso. Ni siquiera notaba el escozor producido en su garganta por el humo acre del cigarro. Hacía horas que estaba solo, esperando que lo

vinieran a buscar. Como el tiempo se prolongaba, se alteraba cada vez más. Debía tomar una determinación y no se decidía. Valoraba los pro y los contra y ambos le resultaban igualmente desventajosos. O al menos así lo creía. Aunque no... claro que no... no era lo mismo —como le aseguró el teniente — cargar con la culpa del posible homicidio que compartir —si se lo probaban— la complicidad en un delito de robo continuado. «Todo hubiera salido bien, si Baldomero no hubiera muerto», se decía. Pero, «¿cómo confesar? ¿Cómo reconocer su grado de participación en los robos? Era el fin. Le costaría años de prisión... y después... ¿qué? ¿Cómo afrontar las consecuencias? Pero, claro, lo peor sería que le achacaran la muerte de su cuñado...»

Sentado allí, en aquella celda, sopesaba una y otra vez su situación. Siempre le parecía escuchar al final de cada idea, la voz del teniente: «Confiesa, confiesa, mira que no es lo mismo ser acusado de homicidio...»

Dio una larga chupada al cigarro, que botó presuroso cuando oyó su nombre. Lo venían a buscar de nuevo.

Tres horas después, Darías estaba sentado ante la doctora Mayra Alonso. La escuchaba atento, aunque sabía que después ella le presentaría por escrito su valoración del caso, que iría a engrosar el ya abultado expediente.

—Sí, compañero, es muy posible. Ese hombre tuvo un shock emocional y síquico cuando condenaron a su esposa. Es indudable que hasta ese momento, no había valorado de modo consciente las implicaciones y consecuencias resultantes del delito de robo reiterado, de malversación, encubrimiento. Baldomero no era en cierta forma responsable de su conducta. Debió haberse sometido a algún tratamiento psiquiátrico, pero seguramente no lo hizo. Por los datos reunidos sobre su persona, puedo imaginar perfectamente cuál fue su comportamiento cotidiano, que sería común al de las personas que padecen similares trastornos.

—¿Hasta qué punto puede decirse que actuaba así debido a su enfermedad?

No le respondió de inmediato, sino que tomó un cigarro y lo encendió con una delicada fosforera, esmaltada en blanco. Después de lanzar la primera

bocanada de humo continuó:

—No deseo abrumarlo con términos científicos, por eso sólo le diré que Baldomero era el tipo de persona que rumia sin cesar sus supuestas desventuras, agravadas por el perenne convencimiento de que no valen nada para nadie... puede haberse sentido compensado al planear los robos, pues sólo en tales circunstancias debe haberse sentido «útil», necesario, objeto de la atención de otros. Eso le sirvió de motivación, de aliciente en la vida. Y el éxito obtenido en más de una ocasión lo puso eufórico, feliz...

—Pero, ¿y su conciencia?

Esbozó una ligera sonrisa y se inclinó un poco más hacia su interlocutor.

—No puede pasar por alto, que estamos ante un hombre síquicamente enfermo. Y débil. Su cuñado Nicolás Larrea debe haber notado enseguida que era un ser muy fácil de manejar. Y lo encauzó para vivir a la sombra de los beneficios reportados por las actividades delictivas de Baldomero, quien un día involucró también a su esposa.

La siquiatra apagó el cigarro. Su ceño se frunció ligeramente al imaginar el instante decisivo en que él viera a su esposa ante un tribunal.

—Entonces se aisló; seguramente se autodespreciaba y es muy posible se agudizara su desconfianza en la gente... No tuvo quien lo ayudara... y siguió en manos del cuñado... Usted estaba bien encaminado cuando opinó que Larrea pudo haber matado al chofer... bien pudo tratarse de un homicidio o asesinato...

El teniente asintió. Le parecía escuchar aún la voz de Larrea, entrecortada, a veces balbuceante, estridente en ocasiones. Había reconocido haberse valido de él para beneficiarse. Baldomero no quería volver a robar después de la detención de su esposa, pero Nicolás necesitaba su experiencia, su imaginación. Por eso, lo convenció de que fuera a trabajar al combinado. Lo recomendó, pero no mencionó su parentesco. Después... lo chantajeó. Sabía que se sentía apático, impotente para oponerse con energía, pues según le confesó, ya en realidad nada le importaba en la vida. Sin embargo ideó un nuevo plan, lo organizó impecablemente y dejó a Larrea la tarea de elegir los cómplices. Hasta tenían un «escucha» en la oficina del director: Corita Falero encargada de informarles sobre cualquier cambio o medida tomada que

podiera poner en peligro al grupo. Así pudieron «operar» largo tiempo, sin tropiezos... hasta que apareció muerto Baldomero.

La doctora acomodó maquinalmente las hojas clínicas sobre la mesa. De nuevo habló:

—No me sorprende que tomara sedantes. La tensión que sentía era mucha. Me parece muy lógico lo sucedido. Debe haber estado muy ansioso, alterado, tras una posible noche de insomnio... o de pesadillas... y se tomó un meprobamato. El amanecer lo sorprendió despierto. Había frío. Se vistió, bajó y encendió el motor del carro para que se calentara. El efecto de la pastilla lo tendría soñoliento. Por eso, determinó subir hasta su cuarto y recostarse «por unos instantes», como a veces se dice...

—Y el carburador estaba mal ajustado —acotó el oficial. Ya había cerrado el apartamento, porque pensaba salir casi enseguida. El anhídrido carbónico comenzó a salir con rapidez y no se dio cuenta. Se desvaneció seguro.

—Fue una imprudencia tomar ese sedante antes de manejar. Debía haberlo sabido. La imprudencia... es posible que cuando su cuñado tocó en la puerta, todavía estuviera vivo.

Darias se levantó. Miró con detenimiento a la mujer vestida de uniforme blanco. Se alisó el cabello y le dijo algo emocionado:

—Nunca olvidaré el caso de Baldomero. Su muerte fue para mí una enseñanza. En él se conjugaron las tres variantes posibles: homicidio, suicidio y accidente... La primera está descartada completamente, pero las otras dos... Él tenía un talento especial para planearlo todo. Entonces... ¿y si preparó su muerte de modo que pareciera algo casual...? Sí, eso es.

Y se viró para marcharse, cuando escuchó la irónica voz de la doctora:

—¿Sí, teniente? ¿Ha oído hablar del asesinato sicológico? Es el que induce al suicidio... y es casi imposible de probar... ¿Por cuál se decide?

## Junto a la muerte

Por supuesto, a Sonia T.

Era mi primer día de vacaciones y sentía una singular flojera. No tenía deseos de hacer nada, absolutamente nada, a pesar de que la noche anterior había confeccionado una lista de todo lo que iba a realizar en la próxima quincena. Olvidé lo programado y me senté en la terraza a tomarme con tranquilidad mi café mañanero. Encendí un cigarro y me puse a observar la calle.

Frente a mi edificio vi a Zoila barriendo su portal, mientras Alicia, desde la acera, conversaba con ella sin perder de vista a su nietecito, que era de la misma edad que mi hijo. Las niñas de Gisela salían de su casa rumbo a la escuela secundaria y Manolo, casi en la esquina, ayudaba a descarnar de un camión las cajas con vegetales que poco después pondría a la venta. Al lado estaba la cremería y desde mi puesto de observación vi que sólo dos personas compraban en ese momento. Por la derecha venían conversando Sarita y Álvaro, el carnicero. Un muchacho pasó en bicicleta y dos jóvenes cargaban un televisor en un pisorre. Una pareja cruzó la calle y un hombre caminaba aprisa a medianía de cuadra.

Eran las ocho y media de la mañana. Apagué el cigarro, cogí la tacita y el plato y me levanté para llevarlo a la cocina. En ese instante, sucedió lo insólito, lo imposible de preveer. La sorpresa nos dejó paralizados, sobre todo a Sarita, cuyos gritos eran estridentes, anormales en una mujer como ella, acostumbrada a hablar siempre en voz baja. A su lado había caído, soltando sangre a borbotones, el carnicero apuñalado a la vista de todos por un hombre que nadie sabría decir ni cómo era ni de dónde salió, y que en medio de la confusión creada, logró escapar.

Me quedé helada. Dejé caer la taza sin notarlo y también solté un grito. ¿Qué había sucedido? Todo se detuvo y todo entró en movimiento. Fue como

un corrientazo de alarma, histeria, terror, frases incomprensibles, se corrió en varias direcciones, sin saber adónde, de miedo, curiosidad, nerviosismo. Y Sarita seguía gritando, junto a Álvaro, sin saber qué hacer.

Yo creía que estaba preparada para la vida, no por gusto llevaba ya cuatro años de casada con un investigador policial, pero no era así. En ese instante hubiera dado cualquier cosa porque mi esposo, el teniente Dionisio Darías, estuviera junto a mí. Pasaba por mi mente lo aprendido con él. Sabía que debía tomar una determinación, pero estaba paralizada, alelada. No quitaba los ojos de Sarita, unos metros más abajo de mi terraza, al lado de aquel hombre cubierto de sangre y con los vecinos alrededor. Me aferré a la balaustrada. Grité de nuevo y entonces, reaccioné.

Corrí al teléfono. Por dos ocasiones se me cayó de las manos el auricular. Las palabras apenas se me entendieron cuando intenté explicar al oficial de guardia lo sucedido. Balbuceé la dirección y haciendo acopio de todas mis fuerzas, salí del apartamento y bajé a la calle. No sé cómo pude hacerme oír y obligar a los demás a apartarse de la víctima. Me incliné hacia Álvaro. Su cara estaba muy pálida. Hice un esfuerzo y tomé una de sus manos. Me estremecí violentamente. Palpé su pulso. Imperceptible. En ese momento dobló la esquina un carro patrullero y les cedí a los policías mi lugar. Fue entonces cuando me acerqué a Sarita, que lloraba sentada en la acera. Traté de infundirle ánimos y subí con ella al auto salido de no sé dónde y que nos condujo al hospital más cercano. Durante el corto viaje recosté su cabeza en mi hombro y recuerdo que le hablaba tratando de tranquilizarla. Bajamos y nos llevaron al Cuerpo de Guardia. Fue allí donde me di cuenta de que yo iba con la bata de casa y las chancletas más viejas que tenía.

Cuando uno es investigador policial está acostumbrado a todo. Pero da la casualidad que los de esta profesión también somos individuos que tenemos familia, amigos y vecinos. Por eso, cuando algo sucede a los que están dentro de nuestro mundo más inmediato, a veces nos desestabilizamos.

Eso sucedió con Sarita, mi vecina. Cuando mi mujer me llamó y contó lo ocurrido, creí de momento que era el hecho más terrible acaecido en los últimos tiempos. Pedí permiso y fui rápidamente a mi casa, donde mi esposa

estaba tratando de salir de la crisis nerviosa. La escuché y fui varias veces a la terraza, para observar donde cayera muerto el carnicero. Acción inútil, pues nada tenía que ver.

Después de darle «sicoterapia casera», me dirigí al hospital donde habían dejado ingresada a Sarita con un profundo shock emocional. Con ella estaba su sobrina. Ofrecí mis servicios para lo que necesitaran y me despedí. Tenía que regresar a mi labor, ahora con nuevas preocupaciones personales.

Durante el viaje hacia la oficina, concentré de nuevo mi atención en el caso que estaba investigando: la desaparición de varias mujeres. Sistemáticamente fueron reportadas a las autoridades sus ausencias injustificadas e inexplicables. Recibí la orden de aclarar esa situación, que se prolongaba ya por espacio de diez meses.

Como primera medida interrogué a sus familiares más allegados y confeccioné un expediente para cada una. Con posterioridad traté de encontrarles características y diferencias comunes. Al final del primer análisis estaba casi como al principio, pues no había nada que permitiera encontrar un común denominador, como no fuera el hecho de que la desaparición, invariablemente, ocurrió a finales de cada mes. Sus edades oscilaban entre los veintiséis y los sesenta y siete años y eran de todos los tipos y niveles sociales, educacionales y económicos. Ese día, precisamente, había determinado proceder a la investigación de un círculo más amplio: amigos, compañeros de trabajo, vecinos; para ello debía confeccionar un plan, pero cuando me disponía a hacerlo, llamó mi mujer y me contó lo sucedido bajo nuestra terraza.

«La gente del reparto San Agustín es la que más quiere permutar y le sigue la que vive en Alamar. Prácticamente nadie quiere reducirse y casi todos oyen proposiciones y analizan variantes», le dijo Sarita a su sobrina cuando la llamó. Estaba decidida a cambiar de aires y por eso se buscó todas las páginas de los periódicos que traían anuncios de permutas.

Salía todas las tardes a partir de las dos a ver viviendas. Pero al cabo de dos semanas, todavía no había encontrado nada que le pareciera apropiado.

Una noche, revisando concienzudamente otra lista, vio aquella oferta fascinante:

Casita preciosa, recién pintada. Sala, cocina-comedor, patio, jardín, habitación en los altos, garaje, teléfono con extensión, lugar muy tranquilo. Llamar al 10-6783. Necesito algo más reducido en cualquier parte.

Sarita se entusiasmó y de inmediato llamó por teléfono al inquilino. Se acostó satisfecha recordando la amabilidad, delicadeza y amena conversación sostenida con el hombre. ¡Qué placer encontrar una persona tan educada! A la mañana siguiente, después de las diez, la esperaba.

Las vacaciones se fueron como un suspiro. Cuando vine a darme cuenta, ya tenía que volver al trabajo y no había hecho ni la mitad de lo que me propuse para esos días. Para entonces, nuestra calle había recobrado la tranquilidad. No habíamos podido enterarnos de quién era el autor del crimen, ni por qué lo cometió. Sólo circulaban rumores, pero ninguno me parecía lo suficientemente lógico para creerlo. Eran puras especulaciones.

A mi esposo, el teniente Darías, creo que le salieron las primeras canas, debido a la preocupación que tenía con el caso de las siete mujeres desaparecidas. Todas las tardes le decía: «¿Avanzaste algo en la investigación?» Y su respuesta invariable era: «Algo, pero no mucho.»

Sin duda había adelantado en las investigaciones. Descubrí que las desaparecidas, voluntaria o involuntariamente eran extrovertidas, conversadoras y muy sociables. Sin excepción. Sobre todo, significó mucho el pedir informes a la sección que investiga los casos de robos. Allí me suministraron relaciones de joyas incautadas a los que se dedican a la compra-venta ilícita. Realmente, fue un golpe de suerte encontrar la descripción de un anillo de oro con un ópalo, reconocido con posterioridad

por el esposo de una de ellas. A partir de entonces, comencé a caminar por terreno firme.

El que puso el anuncio no había mentido. En realidad la casa daba una agradable impresión desde el primer momento. Sarita tocó el timbre entusiasmada, mirando hacia un lado y otro, disfrutando de antemano de la acogedora vivienda. Le abrió un hombre mayor, impecablemente vestido, que con gesto versallesco la invitó a pasar.

Al encuentro siguieron diez minutos de saludos, de siéntese, por favor, descanse un momento, y enseguida le traigo agua fría, que hay mucho calor. Después, el recorrido obligatorio y la descripción de las ventajas que tendría para ella aceptarla. Y el asombro continuo de Sarita, observando la imaculada limpieza y el orden y el buen gusto en aquella «casita de muñecas».

¡Y el hombre! ¡Qué amable! ¡Qué facilidad de palabra, qué corrección! El intercambio de experiencias mutuas en la búsqueda de una permuta favorable no se hizo esperar. Sentados en el patio interior, resguardados de miradas ajenas por un alto muro cubierto de macetas con hermosas plantas, se confesaron las causas del porqué deseaban cambiar de ambiente.

Sarita casi no se dio cuenta de cuándo él trajo los bellísimos vasos, altísimos, con la invitadora bebida levemente rosada, percibida entre el hielo frapé. Aquello dio paso a las confidencias personales, y ¿cómo no hacerlo en tan grata compañía?

Pero el tiempo pasa inexorable, y venga por favor, que me faltó enseñarle el garaje...

Era un reincidente, pero hay que reconocerlo: se había enmendado algo y ya incluso tenía trabajo fijo. Sólo esporádicamente recaía en su antigua debilidad de vender objetos robados. No fue difícil ponerme de acuerdo con él, y sin mucho preámbulo estuvo dispuesto a colaborar con nosotros, y nos dio el nombre del que le había suministrado varias prendas para buscarles comprador.

La conversación con el «suministrador» fue otra cosa. Lenta, debido a su desconfianza, y me costó mucho, pero mucho, explicarle que en ese momento no nos interesaba «su ocupación habitual», porque estábamos en busca de un criminal muy peligroso para la sociedad.

Por fin, me di cuenta que en realidad temía confesar cuántos robos había cometido en los últimos tiempos y que aparecieran en la causa que le abriríamos, lógicamente. Por eso, fue preciso consultar con mis superiores el acuerdo al que podíamos llegar con el «exitoso» ladrón.

El cielo se había oscurecido por completo y pensó que no había cogido la sombrilla al salir de su casa. Eso la preocupó de momento, pero sólo un instante, ya que se sorprendió mucho al ver el interior del garaje.

No había auto; era más bien una salita de estar. Acogedora, incluso hasta con una preciosa estera decorada con rojas flores, que atraía poderosamente la atención.

El dueño de la casa se recostó a la puerta. Una sensación de extrañeza, de lejanía con todo lo que lo rodeaba se apoderaba paulatinamente de él. Ya no veía a Sarita tal y como era. Hablaba de modo automático. Escuchaba su propia voz y le parecía que salía de la boca de otra persona ajena. ¿Estaba allí o no? ¿Se lo imaginaba? Una vez más había perdido la conciencia, la certeza, la capacidad de delimitar qué era la realidad y qué era lo imaginado...

Tuve que dominarme, controlar todos los músculos para que el ladrón no percibiera mi sorpresa al escuchar su confesión.

Por fortuna lo estaba grabando y después nos fue de gran utilidad en el giro tomado por nuestras investigaciones.

Aquello de que «no trabajaba solo», sino con otros dirigidos por un carnicero llamado Álvaro, me dejó en una pieza, pues era lo que menos esperaba. Sabía que ya no estaba en el mundo de los vivos, «porque le dio la mala a alguien y...». A continuación nos dijo su coartada, que de inmediato verificamos. Efectivamente, no tenía nada que ver con aquel asesinato, pero

sí nos podía ayudar mucho a esclarecerlo, porque «se imaginaba quién pudo haberlo hecho».

Así supimos cómo ese individuo tan apreciado en nuestro barrio por su amabilidad, distribuía las casas previstas a ser desvalijadas y se ocupaba de «estudiarlas» y de confeccionar el plan materializado con posterioridad por sus cómplices.

El confidente, ¡al fin!, declaró que «de vez en cuando» no entregaba a su jefe alguna cosa hurtada y después la vendía por su cuenta. Eso le pasó con la sortija, con el ópalo engarzado en oro. Se lo llevó de una casa de la calle...

Uno de mis ayudantes se ocupó de revisar las denuncias de robos. Pero el dueño de esa vivienda no se había dirigido a las autoridades a pesar de que le habían llevado numerosos objetos de valor.

De pronto fue como si no tuviera pasado. Afuera llovía y él miraba a la mujer. Su cuerpo había dejado de pertenecerle. Lo sentía ajeno. Reconocía todas esas manifestaciones, pero no podía salir del trance que lo dominaba. Estaba perplejo y se le fue acercando como un zombie... como otras veces había hecho en circunstancias similares. Sarita no se daba cuenta, porque externamente nada había cambiado en él. ¡Todo era tan extraño! Y no podía evitarlo. Extendió sus brazos hacia ella, de espaldas en ese momento...

Cuando alguien no denuncia que ha sido víctima de un robo, es porque tiene algo que ocultar. Por lo tanto, hay que descubrirlo. Y no se puede esperar. Eso lo decidí de inmediato. Dejé a varios oficiales ocupados en el asesinato de Álvaro, el carnicero, y me dirigí a la casa donde fue hurtada la sortija perteneciente a una de las mujeres desaparecidas.

Al detener el auto miramos la hermosa vivienda, tan pequeña, con su diminuto jardín, toda pintada de blanco, acogedora en medio de la lluvia que arreciaba.

Bajamos y apreté largamente el timbre...

Sarita se debatía entre los brazos de aquel hombre que la ahogaba. No podía gritar y sentía que las fuerzas abandonaban su cuerpo que tenía más de seis décadas vividas. Casi no veía ya el cuadro que representaba el sereno paisaje lleno de azules y tenues amarillos. Y él apretaba su cuello, apretaba cada vez más, como si no fueran sus manos, como si estuviera lejos de allí y fuera otro el que crispaba los dedos en la garganta femenina. Sus uñas se hundían más profundamente en la carne, cuando el timbre de la puerta lo paralizó...

Al regreso del hospital donde habían ingresado de nuevo a Sarita, me desplomé en uno de los asientos de la terraza. Dionisio fue a buscar una taza de café para reanimarme.

Quedé anonadada al saber que aquel hombre tan amable, el de la permuta tan buena, hubiera asesinado a siete mujeres, así como así, sin motivo alguno, enterrándolas después en un profundo hueco cavado en su garaje y que cubría habitualmente con una hermosa estera floreada. En el registro realizado con posterioridad aparecieron no sólo los cadáveres, sino las prendas de las tres últimas víctimas. Él mismo confesó, que en realidad no deseaba permutar, sino entrar en contacto con mujeres, hablar con ellas...

Parecía increíble que Sarita pudiera superar aquel nuevo shock. La salvó de la muerte el timbrazo dado por mi esposo, que trajo a la realidad a su agresor. Fue como si despertase. Horrorizado la soltó y acudió a abrir la puerta...

Miré hacia la calle. Zoila estaba en su portal, mientras Alicia, desde la acera, conversaba con ella sin perder de vista al nietecito. Las niñas de Gisela entraban en su casa y una pareja...

## Cuento para una noche lluviosa

Aquel día comenzó como otros muchos. No había una nube en el cielo y el mar estaba muy azul y sólo de cuando en cuando un rizo de espumas alteraba su lisa superficie. Salí de casa temprano y enseguida me asimiló el incesante ir y venir de gente presurosa que teme llegar tarde al trabajo y por eso tropieza, atenta sólo a la luz del semáforo que está a punto de cambiar, o a la vidriera entrevista al pasar, que tal vez exhiba algo nuevo, o al vendedor de periódicos que se aleja y apenas se puede alcanzar.

No era un día especial. Un simple jueves y no tenía previsto hacer nada extraordinario. Era uno más que iba a vivir intrascendente... siempre se me olvidaba lo que había leído en una ocasión: «Vive cada día como si fuera el primero o el último de tu vida.» Aquel pensamiento me llamó la atención e incluso lo recorté. Durante años lo tuve guardado en alguna parte, y no pensé más en él... hasta aquella mañana en que al entrar en la redacción de la revista, me entregaron una nota junto con una dirección: Alborada # 407, apto. 21, segundo piso, entre Acervo y Almería.

Tenía la oportunidad largo tiempo esperada: cubrir un caso policial. Por eso me sentí emocionada al llegar a aquel apartamento desconocido, donde ya se encontraban los compañeros del Departamento de Investigaciones. Para ellos era lo habitual, que se convierte en rutina y motiva que se participe siguiendo el reglamento, tal vez hasta mecánicamente. Para mí era lo nuevo, lo experimentado por primera vez.

Adentro, cada uno realizaba su trabajo. Sólo había otra mujer presente: una vecina que servía de testigo. En ese momento abría las ventanas de la sala, para que penetrase el aire fresco y la luz de aquella mañana radiante. Fue ella la que me explicó que te conocía desde hacía muchos años, desde que ibas a la escuela secundaria, desde que se despertó en ti un apasionado amor por la cría de pececitos de colores, de los cuales sólo quedaban aquellos

que estaban muertos en la gran pecera que presidía la sala. Me acerqué y vi los diminutos y delicados seres con sus pancitas hacia arriba, flotando en el agua amarillo-verdosa en la cual apenas unos días atrás nadaban sin presentir que poco después se les agotaría el alimento y que el agua estancada interrumpiría para siempre su ciclo vital.

Eché una ojeada panorámica. Paredes de un desvaído rosaviejo, muebles corrientes contruidos posiblemente en la década del treinta, dos cuadros con labrado marco de metal, oscurecido por los años, y un bello jarrón de cristal de tallada superficie.

Para mí, lo más importante fue el libro. Estaba sobre el sofá, abierto gracias al peso de un cenicero con dos colillas, que impedía que sus hojas se cerraran. Ibas por la página 204 y te faltaban sólo treinta y nueve para terminar de leerlo. Se trataba de una novela de ciencia-ficción, en la que habías subrayado algunos párrafos y frases que te llamaron la atención.

Lo dejé allí mismo y me acerqué a uno de los compañeros que estaba en el comedor. Este era más pretencioso, más notable por la mesa de grueso cristal y las ornamentadas sillas. No vi nada tuyo, ni de nadie. Todo era impersonal. Volví a encontrarte en la cocina. Desayunaste y aunque fregaste después, no habías guardado nada. Incluso lo que usaste aquella mañana estaba en el escurridor y se te había olvidado sobre la mesita el envase con el poquito de mantequilla que quedaba. No sacudiste las migas de pan y se encontraban aún junto a la arrugada cajetilla de cigarros y un repuesto de bolígrafo vacío.

En ese momento sacaron tu cuerpo que no vi, porque viré el rostro. Salí al patio para respirar más ampliamente: algunas plantas sembradas en latas ya herrumbrosas, otras en vasijas de barro. Dos cajas vacías de botellas de cerveza. Y la tendedera, donde colgaban dos toallas con monogramas, las que hicieron de nuevo tangible tu presencia. El aire las movía un poco y hacía que rozaran una y otra vez el muro donde habías puesto a secar la frazada del piso. Pensé, tontamente, que era necesario quitarlas enseguida, pero no lo hice, pues escuché la voz del teniente Dionisio Darías, que tenía a su cargo la investigación del caso. Me llamaba desde el pasillo flanqueado por las habitaciones y el baño.

De pronto, vi alineadas las fotos, que según tu vecina, llamabas siempre «mi galería casera». Eran instantes apresados para siempre y que solamente tenían importancia para el que recordara, al verlas, las circunstancias en que habían sido tomadas, o para quien la imagen reflejada fuera algo más que un ser humano inmovilizado en un gesto, en una pose.

Llamaban la atención por la simetría, por el orden cronológico. Había muchas tuyas: una en colores en la que apoyabas un patito contra tu mejilla infantil; otra cuando te entregaban una medalla por una competencia deportiva en la que participaste a los diez años. Se podía apreciar cómo te ibas desarrollando, al tiempo que tus padres envejecían. Tu cuerpo evolucionaba. En la playa, a la salida de la escuela, bailando en una fiesta quinceañera, trabajando en un campo de tomates con tus compañeros de clase, riendo junto a tu mamá... quedaste muy bien en la tomada en Tropicana, mostrabas ya la adultez. Entonces, te vi con el clásico vestido blanco el día de tu boda. Aparecías sola. En otra cargabas un bebé. La seguía una muy linda por el contraste de colores. Tenías a tu lado a un varoncito de unos siete años, muy parecido a ti. Detrás aparecía uno de los barcos que dan paseos por la costa en el verano.

A un gesto del teniente pasé con él a las dos habitaciones del fondo. Una era evidentemente la de tu hijo. Cama pequeña, un buró y múltiples objetos que delataban su presencia, pero me llamó la atención que el closet tuviera tan poca ropa. Mi expresión de extrañeza provocó la aclaración del oficial: «El niño no vivía con ella.»

La otra habitación era la tuya. Sólo la vi un instante, pero fue suficiente. Libros y adornos y muebles y cuadros y cortinas y cosas que no llegué a definir, deslumbrada por el color rojo. El color rojo, casi negro, de tu sangre que cubría la cama y que se prolongaba por sus bordes para acumularse a un costado.

Realmente no quise entrar. Preferí esperar los resultados fuera. Hasta el banco situado en el pasillo me llegaba el olor indefinible, extraño. Recosté la cabeza a la pared, y cerré los ojos para no ver a todos aquellos que cruzaban y

me observaban con curiosidad. Yo era la única que no tenía puesta la inevitable bata blanca.

¡Qué tonta! Me daba rabia conmigo misma al recordar mi actitud durante semanas anteriores, cuando alardeaba de cómo sería mi conducta cuando me seleccionaran para reportar un caso policial. ¡Qué tonta! Y ni siquiera había tenido valor para echar una ojeada a la sala de disección antes de que comenzara la autopsia.

Estaba impresionada por el inesperado final. Todo había terminado para ti de repente, rompiendo bruscamente la sucesión de días. ¿Cómo fueron aquellos últimos minutos de tu vida, en aquel apartamento en el que estabas casi siempre sola? ¿A quién dejaste entrar que acabó contigo? Porque tú le permitiste la entrada. Y fue poco después de terminar de desayunar. Era domingo. Debes haberte levantado tarde. ¿A las diez? ¿A las once? ¿O eras madrugadora? ¿Esperabas al hombre? Porque se trataba de un hombre. Darías lo había afirmado, alegando que tú pesabas cerca de ciento cuarenta libras y no era usual que una mujer pudiera cargar un peso semejante al tuyo. Y te había cargado, porque uno de los zapatos apareció en la sala y el otro lo tenías puesto en el momento en que te levantaron del lecho para llevarte al Instituto de Medicina Legal. Dejaste que él te cargara. ¿No te resististe? ¿Te dio el golpe en la cabeza antes de llevarte para el cuarto o fue en la cama? La respuesta era vital, porque definiría si había que buscar a tu agresor entre aquellos que pudieran tener estrechas relaciones contigo —¿amorosas?—, o tal vez habría que investigar en un círculo más amplio, tanto, que abarcara a otros mucho más pequeños conformados por los que te rodeaban en el trabajo, en el barrio, en tus actividades durante el tiempo libre, en...

Tal vez no debía estar aquí: posiblemente lo más acertado hubiera sido acompañar a uno de los investigadores para ver cómo interrogaba a tus vecinos, cómo averiguaba por qué precisamente aquel domingo te habían asesinado. ¿Se dieron circunstancias especiales? ¿Pensabas ir a ver a tu hijo?

Pero yo estaba esperando en aquel pasillo, y en definitiva, el resultado de la autopsia podía haberlo sabido cuando fuera a la reunión propuesta por Darías, para las seis y media de la tarde, con todos los miembros del equipo... O quizás debí haber ido con él al Banco donde estabas empleada. ¿Cuál habría sido la reacción de tus compañeros al saber la noticia?

Todavía no te había mencionado por tu nombre, ni aún a solas con mis pensamientos. Me costaba trabajo llamar a quien no tenía nombre ya. Por eso te digo «tú» y no Ligia, y menos en este momento en que abro los ojos al sentir sobre el hombro la presión del brazo del médico forense. Me habla, pero fijo más mi atención en el penetrante olor a desinfectante emanado de sus ropas. Rechazo con un estremecimiento la mano que acaba de abrirte, buscando en los mudos órganos el diagnóstico irrefutable de la causa de tu muerte, como si no bastara la carne rasgada profundamente por un arma blanca, aún no hallada, que te quitó la vida. Escucho y anoto el parte que califica científicamente el violento cambio provocado en tu organismo por el asesino. No quiero repetirlo aquí. Sólo dejo constancia de que las dos heridas eran mortales. Y eso, en definitiva, a ti no te interesa ya en absoluto.

«...como les decía, fueron los vecinos más inmediatos los que reportaron el caso, al notar un fuerte olor sumamente desagradable proveniente del apartamento 21. El forense ha determinado que Ligia Acevedo Huerta, de treinta y nueve años de edad, llevaba cuatro días muerta, es decir, su deceso se produjo el domingo. No presentaba señales de haberse opuesto a su agresor, de lo que se infiere que la agredió desprevenida y que no hubo lucha. El examen realizado en el lugar de los hechos, permite concluir que no hubo registro por parte del criminal y de que el móvil no fue el robo, pues en sitios visibles se hallan objetos de valor y dinero, que pudieron ser tomados fácilmente. Tampoco hay evidencias de violencia sexual.»

Darias habló conciso y me fue fácil tomar nota textual. No me senté a la mesa, sino que preferí hacerlo en una butaca situada casi junto a la puerta del saloncito de reuniones. De todos modos desde mi posición escuchaba perfectamente y podía seguir el curso de la reunión. Anoté a continuación fragmentos de los informes dados por algunos compañeros:

«Testigos de oído: sólo una de las vecinas declaró que sabía que Ligia se había levantado, porque la sintió limpiar el patio. Era un poco más de las nueve de la mañana y sobre las once la llamó para avisarle que ya podía ir a arreglarse las uñas, pero ella no le respondió. Las dos se hablaban siempre a través del cajón de aire que separa sus apartamentos por la cocina. Añadió la

testigo que no encontró nada raro al no recibir respuesta, pues pensó que Ligia habría ido a la bodega o se estaría bañando. Poco después, llegó una clienta y pasó a atenderla. Y como no escuchó ruidos que delataran la presencia de Ligia en la casa, no insistió en llamarla de nuevo.

«Testigos presenciales: no se ha podido contactar con nadie que haya visto a alguna persona entrar o salir del apartamento de Ligia en el horario en que pueden haberse producido los hechos. Se continúa en la búsqueda de testigos.»

Otro investigador informó que la madre declaró haber hablado con ella la noche del viernes y que esta le dijo que ese fin de semana no iría a ver al niño, porque quería hacer una limpieza general en el apartamento, pero que lo llamaría el sábado. Así lo hizo y conversó con el pequeño en horas del mediodía. Le comunicó que acababa de regresar de las Oficinas de Turismo y que había hecho una reservación para una base de campismo, donde pasarían los días de descanso de la semana de receso escolar, tal y como le prometiera. A la madre no le extrañó que Ligia no volviera a telefonar, pues a veces pasaba días sin hacerlo.

Yo escribía rápidamente, tratando de no perder ningún dato importante y al mismo tiempo intentaba observar la forma en que se llevaba a cabo aquel encuentro entre los integrantes del equipo de investigadores. Me llamó la atención la forma de hacer sus intervenciones: directas, breves, con las palabras exactas, sin dejar pie a falsas interpretaciones. Seguían un esquema, incontables veces realizado. El engranaje altamente especializado de los criminalistas y su posición objetiva ante el caso analizado, denotaba su profesionalismo. No les escuché una sola apreciación personal, ni un «creo», ni un «supongo». En realidad, no había llegado todavía el momento de formular hipótesis. Escuché poco después al teniente impartir órdenes sobre los nuevos pasos a seguir. Y garabateé mis últimas notas de ese día: «Ligia estaba divorciada desde hacía año y medio. El ex marido volvió a casarse. Ella tuvo un romance, pero desde hace meses estaba sola de nuevo.»

Darias y yo almorzamos juntos en el comedor de oficiales. Lo vi saludar afectuoso a varios compañeros y noté una especial mirada de satisfacción en

sus ojos, cuando descubrió que el plato principal era calamares en su tinta. Aunque se recomienda no conversar sobre asuntos de trabajo durante las comidas, hicimos una excepción para puntualizar algunos detalles que no habían quedado claros para mí sobre el método investigativo. Sobre todo, me orientó en cómo organizarme, de modo tal que pudiera participar en las facetas más importantes. Cuando nos sirvieron el café, me dijo que se había determinado que el arma homicida probablemente era una cuchilla de uso múltiple, la cual debió ser afilada ex profeso, pues no es corriente que las mismas lo estén al punto de producir heridas de bordes impecables. Agregó que la muerte se produjo en un lapso de pocos minutos y que la víctima estaba inconsciente debido al golpe recibido en la parte posterior de la cabeza, bien con un objeto pesado, de origen desconocido por el momento, o con un golpe contundente. Si esto último era real, se infería que el agresor era muy fuerte o conocía de boxeo o de algún arte marcial. Sentí una rara sensación, mitad ansiedad, mitad curiosidad, cuando escuché la última frase: «Vamos, nos esperan para interrogar a los sospechosos...»

Era un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años, bien parecido, trigueño, con bigote espeso, elegante: Ramiro Núñez Betancourt, dibujante-cartógrafo.

—Realmente, la muerte violenta de Ligia ha sido una triste noticia para mí... ella significaba mucho para mí... siempre, a pesar de que decidiéramos romper nuestras relaciones... —se le notaba, o parecía más bien, apesadumbrado. Estaba ojeroso y repetía el gesto, tal vez inconsciente, de pasarse la mano por la mejilla—. Una amiga de ambos me avisó, y de inmediato me puse en contacto con su familia... No sé, no sé cómo pudo pasar. No entiendo cómo ha ocurrido un hecho semejante...

El oficial lo observaba con atención. No lo interrumpía, con el fin de dejarlo expresarse libremente, actuar sin relativa presión, para hacerse una idea preliminar de la personalidad del individuo. Al notar el repentino silencio de su interlocutor, le hizo una pregunta.

—¿Puede decirnos algo sobre el tipo de relaciones que hubo entre ustedes dos y por qué finalizaron?

Noté un levísimo cambio en el rostro. Me pareció que por primera vez se sentía incómodo ante la situación.

—Nosotros nos conocíamos desde hace mucho, mucho tiempo, y bueno... ella siempre me gustó; era una mujer muy atractiva, era un placer para mí estar con ella... y así empezamos a salir juntos. Pero nunca la llegué a querer. Una cosa es gustar y otra amar. Por eso, un día la dejé, definitivamente... aunque quedamos amigos.

Lanzó un suspiro, como si pensara que había pasado por la parte más difícil. De nuevo escuché al teniente, quien tranquilo, casi con indiferencia, lo interrogaba:

—¿Y puede decirnos algo sobre sus amistades, sobre sus hábitos?

—Era una mujer de buen carácter, divertida... salía mucho. Su mejor amiga era Consuelo Navarro, una muchacha que conoció hace muchos años; creo que eran vecinas cuando jovencitas... Enemigos no tenía, al menos, no supe de nadie con quien estuviera enemistada. A ella le gustaba mucho la playa. Iba a restaurantes, sobre todo al Toscana. Era coqueta y vestía bien, a la moda. Yo pasé ratos, días, inolvidables a su lado. Era una compañera ideal pues lo hacía sentir bien a uno... Por favor —miró al oficial con mirada suplicante—, ¿podría fumar?

Darias dio su consentimiento con un gesto. Al sacar Ramiro la cajetilla de cigarros, me fijé en sus manos, musculosas, grandes. Me di cuenta, en ese momento, que su cuerpo era atlético. A él le habría sido muy fácil cargar a Ligia...

—¿Puede decirme dónde estaba usted en la mañana del domingo último?

Yo esperaba también esa pregunta, y sin embargo, me sorprendió. Vi a Ramiro observar el humo. Pasó una vez más la mano por su mejilla y noté que le temblaba levemente.

—Yo... salí temprano a... a... a... —vaciló—, a eso de las siete y media, con intención de ir al agromercado... Pero al pasar cerca de la casa de Ligia, decidí ir a visitarla. A pesar de no tener relaciones íntimas ya, iba de vez en cuando a verla... eso se lo puede confirmar cualquier vecino... y ese día... fui, pero me arrepentí cuando estaba subiendo la escalera, pues recordé que no llevaba el balón de gas que tantas veces le había prometido regalarle para su fosforera... bajé...

—¿Y no podía haberle explicado sencillamente que se le había olvidado?

—Teniente, si usted hubiera conocido a Ligia, me entendería. Ella era obsesiva. Y mientras yo no le diera lo prometido, insistiría una y otra vez, me haría reproches, en fin, que más valía no ir a visitarla...

Me sorprendí con lo que dijo el oficial a continuación. Era lo menos que esperaba y por eso, no pude evitar dejar de escribir para mirarlo con atención.

—Puede marcharse. Es todo por ahora. Manténgase localizable y a disposición de las autoridades, por si es necesario...

El sospechoso se levantó con una expresión de alivio. Apagó el cigarro y salió de la habitación. ¿Dejarlo ir así, cuando faltaban tantas preguntas por hacer, tanto por averiguar? No tuve tiempo de expresar mis inquietudes, pues Darías me sonreía.

—¿Estás asombrada? ¿Pensabas que iba a dejarlo detenido? Eso no es tan fácil. Mira, en primer lugar, no tenemos indicios de que Ramiro Núñez tenga algo que ver directamente con el caso. Lo he interrogado, al igual que haremos con todas las personas que de una u otra forma han tenido estrecha relación con la víctima. Por eso te invité para que estuvieras presente en las entrevistas de hoy. Para que vieras, cómo se hacen.

—Pero es que él confesó haber estado en el lugar de los hechos y además, dejó entrever que ella le resultaba a veces molesta...

—Sí, as cierto. Pero, ¿sabes por qué lo dijo? Pues porque sospecha que alguien lo vio, y así evita que después le demos que mintió. Este hombre es inteligente, cuidadoso y estoy convencido de que se preparó para las preguntas que le haríamos. Estaba algo alterado, pero tenía todavía control sobre sí mismo. Sabía lo que decía. Más que su coartada, me interesa averiguar ahora con exactitud desde cuándo conocía a Ligia, el tipo de relaciones mantenidas con ella. ¿Te diste cuenta? Al responder tuvo temor, miedo de contestar la verdad. Ese fue el único momento en que titubeó.

—A mí me pareció nervioso todo el tiempo.

—No, no te fijaste bien en sus ojos, en la fugaz expresión de su rostro. En nuestro trabajo muchas veces es más importante la actitud del hombre ante una pregunta, que su respuesta. Que sus manos temblaran algo, no es importante, incluso esto puede hasta fingirse. Hay otras reacciones que son

involuntarias, y a veces, nos interesan mucho más. Debemos estar atentos para percibir las.

—¿Podría haberla asesinado él?

—¿Él? Todo es posible...

En ese instante, tocaron a la puerta. El teniente dio permiso y poco después tenía ante mí a Raúl Espinosa, fisioterapeuta de un hospital ortopédico, ex esposo de Ligia. Ecuánime, sereno, más joven y mucho más alto que Ramiro.

Contestó a las preguntas del oficial de forma desapasionada, con cierta indiferencia. Se refirió a Ligia como si se tratara de una extraña.

—...y esa mañana decidí ir a visitarla. Quería hablar con ella sobre el niño... A mí me parecía que no se estaba ocupando de él todo lo que debía. Descansaba en la madre y eso no era correcto. Llegué a su edificio... a eso de las ocho y media del domingo. Toqué varias veces y no me abrió. Llegué a la conclusión de que habría salido temprano... y me fui. Regresé a mi casa. Mi esposa no se encontraba, pues desde hace dos semanas está en una provincia por asuntos de trabajo. Me puse a arreglar una ventana y así se me pasó el tiempo.

—¿No la llamó?

—No. Me entretuve con lo que estaba haciendo y ella se me fue de la mente...

Cuando Raúl Espinosa se marchó dejó una sensación de insatisfacción, de vacío. Era como un dejo de frustración, algo indefinible. No parecía un hombre feliz. Apenas pude reponerme, ya que Darías miró su reloj y dijo que, si deseaba, podría asistir a la entrevista que sostendría uno de sus subordinados con Consuelo Navarro, la mejor amiga de Liga. Aclaró que debería ir a su casa, pues se encontraba en cama con una pierna lastimada. Por supuesto, acepté y poco después atravesábamos media ciudad rumbo al hogar de la confidente de la mujer asesinada. En el trayecto pensé mucho en aquellos dos hombres recién conocidos: los sospechosos. ¡Eran tan distintos! Y eso creaba nuevas dudas. ¿Cómo habría sido ella? ¿Cómo pudieron compartir? ¿Qué tendrían en común que despertaran interés en la mujer? ¿Sus caracteres eran totalmente opuestos? Ligia, ¿cómo fue su personalidad?

Al arribar a la vivienda, nos recibió una jovencita y nos comunicó que su mamá nos esperaba en el corredor. Allí estaba, con los ojos enrojecidos y las manos entrelazadas tensamente, sobre la sábana que cubría en parte sus extremidades inferiores.

—Compañeros, discúlpenme, pero no me siento bien... esto que ha ocurrido nunca lo hubiera esperado... —y se cubrió los ojos con las manos. Notamos su deseo de controlarse, pero no lo logró de inmediato. Al fin continuó—: No sé lo que pasó. Ella no tenía problemas con nadie. Debe haber sido un desconocido, que se presentó con cualquier excusa, un fumigador, un vendedor... a mí me han contado de casos así... —explicó Consuelo, con evidentes deseos de terminar lo antes posible la entrevista.

El oficial le preguntó sobre las relaciones de Ligia con ella y sobre su matrimonio. Yo me preparé para anotar las declaraciones...

—Yo la conocía desde hace como veinte años. Siempre nos llevamos bien. Sabía ser amiga. Y a mí me lo contaba todo. Confiaba en mí y yo hubiera sabido si tenía alguna preocupación... por eso pienso que tiene que tratarse de una equivocación... eso puede pasar, ¿no? Yo he visto en las películas... —vaciló, al darse cuenta de que la especulación era innecesaria. Bajó la mirada un instante y continuó, un poco más serena—: Usted me preguntó por su matrimonio... Pero antes debo hablarle de Ramiro Núñez. Ese fue el hombre de su vida. Nunca quiso a nadie como a él. Pero era y es un inestable, incapaz de formar un hogar. Ligia se casó con Raúl Espinosa, quien le brindaba toda la seguridad que necesitaba. Eran felices y parecía que iban a vivir juntos el resto de sus vidas. Tenían un hijo, a quien adora Raúl. Todo era armonía, pero de pronto, él cambió: se había enamorado de una muchacha de su centro de trabajo y un día le pidió el divorcio. Se casó con la otra. Así, de ahora para luego. Ligia sufrió mucho, mucho, hasta que volvió a empezar a salir con Ramiro, su viejo amor. Por poco tiempo, pues comprendió que seguía igual. Además, me contó que ya no sentía nada por él, que le era indiferente. Así terminó su breve relación amorosa. Y pasaron a ser amigos.

—¿Ellos dos, Ramiro y Ligia, no se habían visto durante todo el tiempo que duró su matrimonio con Raúl? —preguntó el investigador.

—Sí, cómo no. Él a veces los visitaba, en calidad de vieja amistad. Raúl no era celoso, y cuando se divorciaron, me pareció que no le había extrañado que comenzara a salir de nuevo con Ramiro. Está enamorado de su nueva esposa. A él, desde que la conoció, le dejó de interesar Ligia por completo. Le era totalmente indiferente y si no fuera por el niño, estoy segura de que la habría olvidado por completo.

Darias agradeció su colaboración y nos despedimos. La dejamos allí, recostada en el sofá colocado en el corredor de la casa colonial y recordando a su amiga.

Fui a la revista y pasé en limpio mis notas sobre el caso. Todavía no sabía qué forma le iba a dar y tal vez por eso hice varios manuscritos, pero no quedé satisfecha con ninguno. Quería transmitirle al lector las impresiones que había tenido, de modo tal que él pudiera sentir las también. Cuando releí lo escrito, descubrí que le faltaba vida: eran párrafos fríos. ¿Qué mecanismos habían movido al asesino? ¿Cómo habría llegado a tal acción, a tal grado de enajenación que le condujera a violar los cánones establecidos? ¿Cómo era posible que gente semejante se moviera libremente, ocupara un sitio junto a nosotros en un ómnibus, comiera a nuestro lado en un restaurante, fuera tal vez vecino, o incluso, hasta familiar nuestro?

Sentía rechazo por el desconocido criminal y me aterrorizaba la simple idea de que yo me preocupara por uno en específico, cuando por desgracia, aún había tantos individuos que habitual o temporalmente vivieran a espaldas de la ley.

El tiempo apremiaba y sólo pude recoger presurosa mis papeles, porque no quería llegar tarde a la reunión de ese día con el equipo investigador. Cuando salí de la redacción de la revista el cielo estaba nublado, tanto, que la lluvia no se haría esperar. Me apresuré y logré coger el ómnibus antes de que comenzaran a caer las primeras gotas. Apenas quince minutos después, atravesé el umbral del edificio donde decenas de hombres dedican su existencia en ordenar el caos creado por los que delinquen. Cumplí en la recepción las formalidades de rigor y pasé de inmediato al conocido salón. Fui muy bien recibida por los compañeros, que ya se habían acostumbrado a

mi presencia. Realmente todos trataban de ayudarme y con gran paciencia contestaban a mis múltiples preguntas.

Los oía hablar, informar sobre las pesquisas realizadas y admiraba su laboriosidad, la forma de ir profundizando en los detalles, aparentemente insignificantes, y que poco a poco iban aclarando todas las incógnitas.

Lo más importante en las últimas horas había sido el interrogatorio efectuado a Armando Suárez, un hombre que enamoraba a Ligia desde hacía algunas semanas. Se había sabido de su existencia, gracias a una compañera de trabajo de la víctima, quien declaró que casi todos los días él iba a recogerla cuando terminaba la jornada laboral. Dijo su nombre y donde podía ser localizado.

Hice un gran signo de interrogación en mi agenda y miré al teniente Darias que en ese momento ordenaba unos cassettes. Nuestras miradas se cruzaron sólo un instante, pues se dirigió de inmediato al colectivo.

—Varios compañeros hemos escuchado de nuevo la grabación de la entrevista sostenida con Suárez y hemos notado algunas inseguridades... imprecisiones en las respuestas a preguntas simples. Y por supuesto, eso es sumamente interesante, sobre todo si no olvidamos que también estuvo en horas de la mañana del domingo en casa de Ligia, como confesó... ¡otro más! Me atrevería a asegurar ya, que tenemos ante nosotros al criminal. Los tres hombres que han estado relacionados con ella, tuvieron oportunidad de ultimarla. Uno de los tres tenía un motivo para hacerlo. Y eso es lo que tenemos que descubrir ahora para no seguir esforzándonos en la búsqueda de otros hipotéticos culpables. Propongo que...

Sentí la necesidad de conocerlo. Era el único que me faltaba. Independientemente de haber leído la transcripción de sus declaraciones, quería saber qué clase de gente era. Logré que mi jefe de redacción me autorizara a hacer una información sobre su centro laboral. El pretexto era excelente y no me fue difícil coordinar con el director de la empresa LEDA una visita al departamento de investigaciones, precisamente en cuyo laboratorio trabajaba Suárez.

Cuando llegué, ya me esperaban y casi de inmediato todos los empleados estuvieron dispuestos a contestar mis preguntas. Desplegué toda la técnica posible para tratar que poco a poco se fueran integrando, sin excepción, a la conversación. Unos minutos después, el ambiente era favorable y reinaba el entusiasmo, pues estaban contentos porque daría a conocer las peculiaridades de sus estudios en una publicación de tanta circulación en el país.

Era muy interesante todo lo que se hacía en aquella gigantesca empresa de cosméticos y realicé preguntas tras preguntas, curiosa, fascinada por lo que representaban las investigaciones para el futuro. Sabía que Suárez estaba presente, pero no lo conocía; por tanto, era necesario indagar el nombre de cada uno de los entrevistados. Al fin, al inquirir sobre la posibilidad real de industrializar un derivado de la producción apícola, él satisfizo la interrogante. Mi mano tembló un poco al escribir su nombre en la agenda. El hombre inició una larga explicación sobre el tema por el cual sentía fascinación.

Daba la impresión de ser un individuo seguro de sí mismo. Le escuchaba y trataba de imaginármelo en la oficina con los oficiales, en un medio tan ajeno al suyo. Resultaba atractivo con su pelo claro y la piel tan tostada, su palabra fácil y su voz profunda. Seguro que comentó sus investigaciones. Él la recogía diariamente a la salida del trabajo, y en ocasiones iba por su casa. Había dicho que le gustaba mucho, pero que ella no lo aceptaba. Al menos eso fue lo expresado al teniente Darías. Textualmente confesó: «La enamoré varias veces, pero Ligia siempre me rechazó, sin aclarar el motivo. A pesar de eso, salía conmigo y me trataba bien.»

Le miré a los ojos. Serenos en aquel momento. ¿Podría aquel hombre llegar a perder toda cordura... y matar? No. Sí. Nunca. Es posible. Su rostro no me dio la respuesta.

Consuelo Navarro, la amiga íntima de Ligia, caminaba un poco torpe con las muletas. Miraba ansiosa para todas partes, prácticamente sin fijar la vista. Intranquila, repetía una y otra vez: «No falta nada. Todo está igual.»

El teniente consideró oportuno llevarla hasta el escenario de los hechos, con el fin de que determinara si habían desaparecido objetos o si notaba algo

extraño. Nadie mejor que ella para hacerlo, por lo bien que conocía aquella casa. La seguía y trataba de ayudarla. Comprendía su estado de ánimo. Yo misma me sentí impresionada cuando entré de nuevo en la vivienda, mudo testigo de lo ocurrido.

La mujer hizo una pausa y se recostó en la pared del pasillo. En ese preciso instante noté un cambio en su rostro. Primero pensé que tal vez se había lastimado la pierna al caminar. Después comprendí que se trataba de otra cosa, de algún cambio que había llamado también la atención del oficial. Él había seguido la dirección de los ojos de Consuelo. Estos estaban fijos en un espacio vacío, en el que debía estar una foto. Yo no lo había advertido antes, pero era cierto. De pronto se rompía la simetría con que habían sido colgadas las fotografías. Faltaba una en el orden cronológico: una que debía estar situada entre la de su hijo cuando era bebé y la de cuando tenía unos siete años. Era un salto ilógico. Siete años eran muchos para no dejar constancia gráfica de ellos. ¿Cómo no me percaté de eso el primer día?

—No está la foto —balbuceó Consuelo, como si no comprendiera, como si ese simple hecho la hubiera trastornado.

—¿Cuál? —preguntó Darías.

—Una en que aparecen los tres... Ligia, el niño y el padre...

Aquella respuesta motivó una cadena de interrogantes. ¿Qué importancia podía tener aquella fotografía? ¿Quién la quitó? ¿Ligia? ¿Raúl Espinosa, el ex esposo? ¿Núñez, con quien mantuvo relaciones? ¿Suárez, que la enamoraba sin esperanzas? Esa acción estaba estrechamente ligada con el crimen, pues la amiga aclaró que dos días antes había estado en el apartamento y de modo casual conversó con Ligia acerca de la necesidad de ampliar «la galería», pues el niño apenas se parecía ya al de la última foto, por lo mucho que había crecido. En ese momento no faltaba ninguna.

Me sentía aturdida. Recordaba los momentos en que estuve junto a aquellos tres hombres, sospechosos. Uno de ellos debía, sino había perdido la esencia y condición humana, sufrir constantemente la visión del crimen.

Pensé, como nunca antes en Ligia. En una mañana de domingo cuando se movía por la casa, ajena al desenlace fatal. Me parecía verla interrumpir lo

que estaba haciendo, al escuchar el timbre de la puerta. Ante ella estaba el hombre. Uno muy conocido. Lo dejó entrar como habría hecho en muchas ocasiones. ¿Lo esperaba? ¿Algo en la expresión del rostro la habrá alertado o fue después, cuando conversaron, discutieron? ¿En qué momento lo vio transformarse, dominado por la violencia, por los más primitivos instintos? ¿No ocurrió así y actuó con frialdad? ¿Qué sentirá la víctima al percibir el instante en que un ser humano deja de serlo y la agrede? Lo descubrió, ¿cuántos segundos antes de que la atacara? ¿Cinco, tal vez tres? ¿Se dio cuenta de que eran los últimos? ¿Qué desesperación, si en ese instante se piensa que la vida pudo ser distinta! Y sólo queda ya un segundo...

El teniente Darías mostró su pericia en los interrogatorios complementarios realizados a los tres hombres por separado, fue un despliegue técnico, en el que conjugó sobre todo elementos psicológicos, debido a las características del caso. Y en uno de los tres causó efecto la pregunta clave: «¿Qué hiciste con la foto?»

Era un hombre normal. Ni mejor ni peor que los demás. Equilibrado. Había padecido un «trastorno síquico transitorio relacionado con una tensión», ¡qué sencillo resulta a veces, el explicar lo que sucede al ser humano! Una simple conclusión, fundamentada científicamente lo aclara todo... pero ha costado una vida.

Con voz baja, serena, reconoció su culpa. Explicó que cuando se enteró de la verdad, tuvo que ir a verla, gritarle que lo sabía todo, desahogar su pena, deshacerse de la opresión que no le permitía respirar. Ella reconoció su responsabilidad, pero ya era tarde y la golpeó. La cargó y tiró en el lecho. La insultó, aunque ya no lo oía. Cogió una navaja de uso múltiple que vio encima de la mesita de noche y la mató. Cuando salió del cuarto, dando tumbos, casi desplomado al comprender lo que había hecho, vio la foto. Y la arrancó. Sus piernas apenas lo sostenían. Fue hasta la cocina. Abrió el refrigerador, cogió una jarra de agua fría y la dejó correr por su rostro, por su nuca. Se sintió mejor. Se sentó en una silla junto a la mesa donde ella había desayunado. Unos minutos. Pocos. Miró de nuevo la foto. Con manos torpes la sacó del marco y la rompió. Guardó los pedazos en uno de sus bolsillos. El

marco, lo puso en el pequeño closet junto al fregadero. Salió a la calle. Caminó sin rumbo, martilleándole una frase en la cabeza: «¡Tú no eres celoso! ¡Qué suerte!» Así decían todos sus conocidos. Y por eso nunca le importó que Ramiro fuera a veces a la casa, aunque sabía que antes habían tenido relaciones. «¡Qué suerte no ser celoso!» Y lo habría seguido siendo, si el médico no le hubiera dicho el día antes que su nueva esposa no podía tener hijos porque él padecía de una enfermedad congénita y jamás podría engendrarlos. Por lo tanto, el hijo de Ligia no era de él, sino de Ramiro, como ella le confesó.

Miré el rostro de Raúl Espinosa. Me vi ante su dolor y ante el asesinato. Tenía que escribir sobre el caso y no sabía cómo. Salí de la jefatura. Muy lentamente caminé por las calles que brillaban debido a los reflejos producidos por la luz, en la lluvia que caía en la oscura noche. Pensaba en aquel domingo que comenzó como otros muchos y fue el último en la vida de Ligia.

## **SOBRE EL AUTOR**

---



**BERTHA RECIO TENORIO** ha sido galardonada, en varias oportunidades, en el Concurso del MININT y tiene publicados: **Una vez más** (premio novela, 1980) y **Un hombre honorable** (primera mención cuento, 1986). Le fue conferida la medalla Raúl Gómez García del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Cultura.

**Cuentos para una noche lluviosa** obtuvo premio en el Concurso Aniversario de la Revolución, 1986, del MININT. Los cinco relatos policíacos que conforman este volumen, enfrentan al lector a hechos y situaciones que en más de una ocasión lo harán reflexionar. La autora, mediante el empleo de un lenguaje fluido, nos muestra con acierto individuos que asumen actitudes constitutivas de delitos motivados, fundamentalmente, por trastornos síquicos transitorios que no los eximen de responsabilidades jurídicas.

Bertha Recio Tenorio ha sido galardonada, en varias oportunidades, en el Concurso del MININT y tiene publicados: **Una vez más** (premio novela, 1980) y **Un hombre honorable** (primera mención cuento, 1986). Le fue conferida la medalla Raúl Gómez García del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Cultura.



**EDITORIAL LETRAS CUBANAS**